HERMAN MELVILLE

BENITO CERENO

**“USO EXCLUSIVO VITANET,
BIBLIOTECA VIRTUAL, 2003”**

BENITO CERENO

En el año 1799, el capitán Amasa Delano, de Duxbury, en Massachusetts, al mando de un gran barco destinado al transporte de mercancías y a la caza de la foca, fondeó con un valioso cargamento en el puerto de Santa María, una pequeña isla yerma y deshabitada, situada en el extremo sur de la larga costa de Chile. Tocó en aquel puerto para aprovisionarse de agua potable.

Poco después del amanecer del segundo día, cuando aún descansaba el capitán en su litera, bajó el piloto a notificarle que un navío de vela desconocido estaba entrando en el puerto. Era raro entonces encontrarse con otros barcos en aquella parte del océano. El capitán se levantó en seguida, se vistió y subió a la cubierta.

La mañana era típica del litoral aquel. Todo estaba mudo y en calma: todo era gris. El mar de grandes y ondulantes olas, producía la impresión de fijeza, y su alisada superficie se asemejaba al plomo enfriado y sedimentado en el molde del fundidor.

El cielo parecía un manto gris. Las grises bandadas de aves inquietas, afines a las brumas errantes con que se confundían, pasaban rozando sobre las aguas con rasero y caprichoso vuelo, igual que golondrinas sobre el prado antes de la tormenta. Eran aquellas sombras presagio de otras más densas que todavía estaban por llegar.

Aquel velero desconocido, para mayor asombro del capitán Delano, que lo estaba observando a través de su catalejo, no ostentaba pabellón alguno, y eso que era costumbre, entre honrados marineros, izarlo tan pronto como se entraba en un puerto, por desiertas que aparecieran sus márgenes por el solo hecho que otro navío hubiera fondeado en él. Quizás, de tener en cuenta la

soledad y el desamparo del lugar, y las historias que sobre aquellos mares se contaban entonces, el asombro del capitán Delano habríase convertido en grave preocupación, a no ser persona de bondadoso temperamento y excepcionalmente crédula. Salvo el caso de intervenir un estímulo extraño y repetido; y aun así a duras penas, le era imposible ceder ante cualquier sentimiento de alarma que lo obligara a pensar que el prójimo obraba con malignidad. Visto todo aquello de que es capaz el género humano, mejor que decidan los sabios si tal rasgo del carácter pone o no de manifiesto una particular agudeza y vivacidad de la percepción intelectual, o bien corresponda al de un corazón benévolo.

Sin embargo, fueran cuales fueran las dudas suscitadas al principio por la presencia del barco desconocido, de seguro que en seguida se hubieran desvanecido en la mente de cualquier marino experto, observando cómo se aproximaba peligrosamente a la costa para esquivar el arrecife sumergido en las cercanías de su proa. Con ello demostraba no sólo desconocer aquella isla, sino también la presencia de la otra nave fondeada en su puerto. Por consiguiente, no podía tratarse de un barco pirata conocedor de esas aguas. El capitán Delano, sin que disminuyera su interés inicial, siguió acechándolo, estorbado por los vapores que le ocultaban en parte el casco, a través de los cuales la distante luz matinal de la cámara fluía con destello un tanto equívoco, muy parecida a la del sol que iba lentamente levantándose sobre la línea del horizonte como si acompañara a la nave desconocida en su entrada al puerto. Aquella luz solar, también velada a medias por las mismas nubecillas, bajas y reptantes, no se distinguía mucho del siniestro ojo único de una intrigante de Lima que atalayara la Plaza desde el agujero indio de su negra “saya-y-manta

Quizá fuera engaño de la niebla, pero lo cierto es que, cuanto más tiempo se observaba al velero desconocido, tanto más extrañas resultaban sus maniobras. Pronto fue difícil conje-

turar si realmente intentaba entrar en el puerto, o qué otros fines guiaban sus movimientos. El viento, que había arreciado un poco durante la noche, ahora soplaba con mayor ligereza e inseguridad, lo cual acrecentaba todavía más la aparente incertidumbre de su orientación.

Finalmente, sospechando que se trataba de un barco en aprietos, el capitán Delano ordenó lanzar al agua la ballenera y, a pesar de las prudentes advertencias que le hizo el piloto, se dispuso a embarcarse en ella y gobernarla, al menos dentro del recinto del puerto. La noche anterior, unos cuantos marineros de a bordo se habían alejado bastante del navío para ponerse a pescar en las cercanías de unas rocas, fuera del alcance del barco. Una o dos horas antes del amanecer, habían vuelto con un buen botín. Imaginando que aquel buque desconocido había debido permanecer largo tiempo detenido en otras aguas más profundas, el bondadoso capitán mandó depositar en la ballenera algunas cestas de pescado que sirvieran de obsequio y poco después transmitió la orden de partida. Al ver el peligro que aquél corría, pues seguía navegando demasiado cerca del arrecife sumergido, urgió a los suyos para que aceleraran la marcha, ya que era preciso advertir a sus tripulantes de la situación en que se encontraban. No obstante, antes de. que hubiera logrado aproximarse la ballenera, ya había cambiado la dirección del viento, el cual, a pesar de soplar con poca fuerza, hizo que la nave fuera alejándose del arrecife, rompiendo en parte las brumas que la circundaban.

Al observarla desde más cerca, cuando pudo vérsela distintamente encaramada en la cresta de las olas plomizas, con jirones de niebla envolviéndola aquí y allá, con sus retazos, surgió similar a un monasterio encalado después de una terrible tormenta, como asomado a algún sombrío precipicio pirenaico. No fue, empero, una simple semejanza fantástica la que, por un momento, hizo creer al capitán Delano que delante de él tenía nada menos que un buque cargado de monjes. En la nebulosa distancia, parecía realmente que a las amuradas se hubiera aso-

mado una multitud de negros capuchos, mientras que, entrevistas a intervalos a través de las portas abiertas, distinguíanse confusamente otras errantes y sombrías figuras, como las de frailes negros deambulando por los claustros.

Ya más cerca, cambió esta apariencia y se aclaró la real índole del barco. Tratábase de un mercante español de primer rango que, entre otras valiosas mercancías, llevaba un cargamento de esclavos negros desde un puerto colonial a otro. Era un buque muy grande y de bella estampa en aquel tiempo, como los que a veces se encontraban a lo largo de aquellas costas: naves anticuadas con tesoros de Acapulco, o fragatas ya jubiladas de la armada real española, que, al igual que arruinados palacios italianos, conservaban aún vestigios de su glorioso pasado, a pesar de la decadencia de sus amos.

Conforme fue acercándose la ballenera, se advirtió que el singular matiz de espuma de mar que presentaba el barco se debía al estado de abandono y suciedad en que se hallaba. Tanto los masteleros y las jarcias como una gran parte de las amuradas, parecían recubiertos de lana, a causa-de un prolongado desconocimiento de lo que significaba el empleo de la rasqueta, la brea y el escobón. Diríase que hubieran levantado su quilla y ajustado sus cuadernas en el “valle de los huesos secos” de Ezequiel, lanzándola luego a la mar.

Pese a la misión que entonces cumpliera la nave, ni el modelo original ni el aparejo parecían haber sufrido cambio alguno con relación a la maqueta de nave de guerra estilo Froissart. Sin embargo, no se veían cañones en la cubierta.

Tenía grandes cofas, aparejadas alrededor de lo que en otro tiempo fuera un velamen de forma octagonal, hoy en miserable estado. Esas cofas colgaban lo mismo que tres ruinosas pajareras, y sobre una de ellas, subido a un flechaste, aparecía un pingüino o pájaro bobo, rara especie de ave así denominada por su inclinación al letargo y el sonambulismo, fácilmente capturable en la mar con sólo la ayuda de la mano. Descalabrado y enmohecido,

semejaba el castillo de proa un antiguo torreón tomado al asalto tiempo atrás y abandonado luego a su propia ruina. Del lado de popa, dos altas galerías, de balaustradas a trechos cubiertas de algas secas igual que yescas, emergían de la deshabitada cabina de mando, la cual, a pesar de la bonanza reinante, tenía sus aberturas herméticamente cerradas y bien calafateadas.

Aquellos desiertos balcones dominaban el mar como si fuera éste el Gran Canal de Venecia. No obstante, la principal reliquia de su glorioso pasado era el ancho óvalo de la popa cual escudo, con las armas de León y Castilla intrincadamente grabadas en él, y adornado con medallones de temas mitológicos o simbólicos. En la parte superior y en el centro se veía la silueta de un negro sátiro con máscara, pisando la doblada cerviz de una contorsionada figura también enmascarada.

Difícil era discernir si el barco aquel llevaba un mascarón de proa o sólo un sencillo espolón, ya que lo impedían las lonas que cubrían aquella parte, para resguardarla de los trabajos de restauración, o con el fin de ocultar decorosamente su lastimosa condición. A lo largo de la proa sobre una suerte de pedestal situado bajo las lonas, toscamente pintada o escrita con tiza, a guisa de broma marinera, se leía esta frase: “Seguid a vuestro jefe." Y poco más lejos, sobre la deslustrada empavesada del beque, estaba grabado en solemnes mayúsculas, en otro tiempo doradas, el nombre del buque: “Santo Domingo”. Cada letra aparecía corrida por los goterones de orín caídos desde los pernos de cobre, y sobre aquel nombre, como fúnebres yerbas, oscilaban negros festones de viscosas algas que, al ritmo propio de un carruaje mortuorio, seguían los balanceos del casco del navío.

Cuando al fin consiguió la ballenera aproximarse al barco mediante la ayuda del bichero, su quilla, aunque aún se hallaba a unas pulgadas del casco, produjo un áspero crujido igual que si hubiera rozado con un sumergido arrecife de coral. En realidad, tratábase de un enorme racimo de lapas adheridas bajo el agua a los costados del barco, igual que una verruga: prenda y testimo-

nio de los vientos y las calmas sufridos en cualquier lugar de esas aguas.

Una vez a bordo del buque, su visitante fue rodeado de pronto por una multitud vociferante de blancos y negros, estos últimos superaban a los primeros, extraña circunstancia si se tiene en cuenta que se trataba de esclavos. Sin embargo, unos y otros, a una voz y en el mismo lenguaje, referían idénticos relatos de los sufrimientos pasados. Y, en esto, las mujeres negras, que no eran pocas, excedieron por su dolorido acento al de todos los demás. El escorbuto, junto con las fiebres, habían diezmado cruelmente la tripulación, produciendo los mayores estragos entre los españoles. Por un milagro se habían salvado del naufragio cuando navegaban cerca de la costa del Cabo de Hornos. Posteriormente, a lo largo de varias jornadas, quedaron inmovilizados, sin que soplara viento alguno. Disminuían las provisiones, apenas les quedaba agua y, en consecuencia, tenían ya resecos los labios.

Mientras se convertía así en blanco de todas aquellas locuaces lenguas, el capitán Delano examinaba con vivaz mirada las caras y los objetos que lo rodeaban.

Siempre que en el mar se aborda por vez primera un navío grande y populoso, principalmente si es extranjero, con una tripulación, supongamos, de láscares o filipinos, la impresión que se tiene no es nunca igual a la que se experimenta al entrar en una casa desconocida, habitada por desconocidos y en tierra extraña. Tanto la casa como la nave, la primera con sus muros y postigos, la otra con sus altas bordas que parecen murallas, ocultan hasta el último instante su interior a la mirada. Pero en el caso de la nave se añade otra circunstancia: la de que el espectáculo viviente que esconde, al quedar repentinamente al descubierto, produce en cierto modo, por contraste con el vacío oéano que lo rodea, el efecto de un prodigio. La nave no parece real; los trajes, gestos y rostros extraños semejan un fantasmagórico retablo surgido de las profundidades que pronto recobrarán lo que han prestado.

Quizá fuera un efecto parecido al que se ha intentado describir lo que intensificó en la mente del capitán Delano aquello que un sereno examen hubiera podido encontrar insólito en este espectáculo. Sobre todo, las notables figuras de cuatro negros de pelo entrecano, con cabezas como oscuras cimas de sauces sembrados de cuscuta, que brindaban un venerable contraste con el tumulto que desde su altitud dominaban, reclinados igual que esfinges, uno en la serviola de estribor, otro sobre la de babor, y los otros dos encaramados en las batayolas por sobre las mesas de guarnición. Cada uno de ellos tenía en la mano restos de jarcia vieja que con cierta estoica complacencia deshilaban para fabricar estopa, amontonándola después a un lado. Acompañaban su labor con un canto monótono y bajo, zumbando y babeando como gaiteros ya viejos que interpretaran una fúnebre marcha.

El alcázar servía de soporte a una amplia y alta toldilla en cuya parte delantera, situados igual que los de la estopa, a unos ocho pies por sobre .la multitud a intervalos regulares, se alineaban, con las piernas entrecruzadas, otros seis negros. Cada uno tenía en la mano un hacha mohosa e igual que marmitones, se dedicaban a limpiarlas con un trozo de ladrillo y un paño. Entre ellos, una pila de hachas de filo oxidado, cara arriba, aguardaban su turno. Los de la estopa solían dirigirse de vez en cuando brevemente a uno o a varios individuos de los que se congregaban abajo, pero los seis pulidores de hachas no intercambiaban palabra alguna, ni charlaban con los otros, sino que parecían entregados silenciosamente a su labor, salvo en determinadas ocasiones en que, impulsados por el placer propio del negro en conciliar el trabajo con la diversión, entrechocaban pareja por pareja sus hachas igual que si fueran címbalos, produciendo entonces un estruendo salvaje. Los seis, en contraposición a los demás, conservaban el aspecto salvaje de auténticos africanos.

Sin embargo, aquella primera mirada de conjunto, que abarcó a esas diez figuras, así como a otros grupos menos no-

tables, sólo un instante descansó sobre ellas. Impacientado por el griterío, el visitante se volvió a indagar quién pudiera ser el responsable de la nave.

Ya sea porque no le repugnaba dejar que la naturaleza se manifestara a través de la voz doliente de su tripulación, o porque desesperaba de reprimirla en aquel instante, lo cierto es que el capitán español, hombre de porte distinguido y reservado, aún joven a los ojos de un extranjero, vestido con singular ostentación, aunque señalado por las huellas de los afanes, las angustias y los recientes insomnios, parecía mantenerse en actitud pasiva al margen de todo aquello. Apoyándose contra el palo mayor, lanzaba una mirada gris e inanimada sobre su excitada tripulación, o contemplaba con ojos tristes al visitante recién llegado. A su lado aparecía un negro de escasa altura que de vez en cuando alzaba hacia el español, cual perro pastor, un rostro tosco que manifestaba por igual la pena y el afecto.

Abriéndose paso a través de la multitud, el americano se digirió al encuentro del español, le dio pruebas de su simpatía y se ofreció a ayudarle en la medida de sus propias fuerzas. Por el momento, el español no dio otra respuesta fuera de graves y solemnes gestos de gratitud, ya que mitigaba su cortesía natural la melancolía derivada de su mal estado de salud.

Sin perder más tiempo en cumplidos, el capitán Delano se volvió hacia el portalón y mandó subir a bordo las cestas de pescado que había traído consigo. Poco después, como siguiera soplando un ligero vientecillo, de manera que no podía contarse con que la nave pudiera fondear antes de que hubieran transcurrido algunas horas, ordenó a sus hombres que regresaran a su buque y trajeran en la ballenera la mayor cantidad de agua posible, además de todo el pan tierno de que dispusiera el cocinero, cuantas calabazas hubiera a bordo, un cajón de azúcar y una docena de sus propias botellas de sidra.

Unos minutos después de haber partido la embarcación,

entre la consternación general, declinaron los vientos, y la cambiante marea comenzó a llevarse la nave, irresistiblemente, mar afuera. Previendo que tal situación no debía de durar mucho tiempo, el capitán Delano hizo lo que pudo para animar a aquella gente, no sin experimentar al mismo tiempo una gran satisfacción por poder hablar en su propia lengua nativa —gracias a sus frecuentes viajes por las costas de España— con quienes se encontraban en tan difícil atolladero.

Una vez solo entre ellos, no tardó en advertir ciertos hechos que venían a corroborar sus primeras impresiones. Sin embargo, tal sentimiento de sorpresa lo borró la piedad que en él suscitaron españoles y negros, todos ellos debilitados bien a las claras por la falta de agua y provisiones. Las largas pruebas sufridas parecían haber sacado a luz los peores rasgos naturales de los negros, poniendo en entredicho al propio tiempo la autoridad que sobre ellos ejercían los españoles. Dadas aquellas circunstancias, hubiera debido preverse tal situación: nada hay en los ejércitos, las armadas, las ciudades y las familias, e incluida la misma naturaleza, que tanto contribuya a relajar la disciplina como lo consigue la miseria. A pesar de ello, no dejaba de considerar el capitán Delano que, de haberse mostrado más enérgico Benito Cereno, no hubiera alcanzado tanta gravedad el desorden que entonces reinaba. Como quiera que fuese, la debilidad del capitán español, ya fuera natural, o provocada por las experiencias sufridas, ya tuviera un origen físico o mental, era demasiado evidente para que pasara inadvertida. Dominado por un desánimo constante, como si, después de verse tantas veces burlado por la esperanza, no quisiera abandonarse a ella en el preciso instante en que había dejado de ser engañosa, la perspectiva de fondear al mediodía, o a la tarde como máximo, con agua en cantidad para sus hombres y un fraternal capitán como consejero y amigo, no pareció reanimarlo. Su mente parecía desequilibrada, o quizás más gravemente afectada. Encerrado entre aquellas paredes de madera de roble, encadenado a la monótona rutina del mando, cuya inmutabilidad lo abrumaba, se movía con la lenti-

tud de un abad hipocondríaco, parándose a veces de repente, como absorto o con la mirada fija al frente, mordiéndose las uñas o los labios, enrojeciendo, palideciendo, retorciéndose la barba y manifestando otros síntomas característicos de una mente ausente y lunática. Este desordenado espíritu se alojaba, como se ha dado ya a entender, en un cuerpo asimismo desquiciado. Era alto de talla, pero no parecía haber sido nunca robusto, y ahora, con las alteraciones nerviosas, estaba tan flaco como un esqueleto. Cierta propensión hacia una afección pulmonar parecía haberse corroborado recientemente. Su voz era la de un hombre con los pulmones medio destrozados, sofocada por la ronquera y casi convertida en un velado murmullo. No era extraño que, cuando se desplazaba vacilante, le siguiera temeroso su criado particular. A veces el negro le daba el brazo, o le sacaba el pañuelo del bolsillo, y estos oficios los realizaba con tan afectuoso celo, que daba un tono filial o fraternal a unos actos ya de por sí domésticos. Este rasgo ha valido a los negros la reputación de ser los mejores criados del mundo, de modo que el amo no necesita mantener con ellos una relación de estricta superioridad, sino que puede tratarlos con familiaridad, como dirigiéndose no tanto a un sirviente como a un abnegado compañero.

Observando la ruidosa indisciplina de los negros en general, así como la adusta ineficacia de que los blancos parecían dar prueba, el capitán Delano advirtió, no sin experimentar una compasiva complacencia, la siempre servicial conducta de Babo. Pero ni la buena conducta de Babo ni la mala de los otros parecían liberar al lunático de don Benito de su nebulosa languidez. No quiere esto decir que fuera ésta precisamente la impresión que el español produjo en el ánimo de su visitante. Por el momento, el capitán Delano no consideró el alterado estado del español más que como un rasgo destacado de la aflicción general que reinaba en el barco. Sin embargo, no dejó de afectarle bastante la actitud de don Benito que, provisionalmente, no tenía más remedio que estimar como una muestra de huraña indiferencia hacia él. Además, los modales del español revela-

ban cierta acritud desdeñosa y hostil que no parecía querer ocultar. Esto lo atribuyó el americano, de acuerdo con su caritativo espíritu, a los efectos devastadores de la enfermedad, ya que en otras circunstancias había notado que en ciertos temperamentos los dolores físicos continuados parecían abolir todo instinto social y de afabilidad. Era como si, obligados al pan negro, juzga-tan equitativo que todo aquel que se les acercara debiera compartir indirectamente su propia suerte mediante algún desprecio o afrenta.

Pero pronto se convenció el capitán Delano de que, a pesar de la indulgencia que desde un principio había manifestado al juzgar al español, quizá no se había mostrado, después de todo, bastante caritativo. En el fondo, la reserva de don Benito era lo que más le desagradaba. Ahora bien, idéntica actitud mantenía éste con todo el mundo, excepto con su criado particular. Hasta los partes reglamentarios, que según el uso marinero le transmitía a horas fijas algún subalterno (ya fuera éste blanco, mulato o negro), eran objeto de su desdén hostil, el que manifestaba con claras muestras de impaciencia. En tales ocasiones, sus modales se asemejaban, por su altivez, a los que seguramente observara su imperial compatriota Carlos V antes de renunciar al trono para vivir como anacoreta.

Esta melancólica aversión hacia su cargo la manifestaba en casi todas sus funciones. Tan altivo como atrabiliario, no condescendía nunca al mando personal. Siempre que era preciso dar órdenes especiales, delegaba en su criado particular el trabajo de hacerlo. Este, a su vez, las hacía llegar a su último destino por medio de correos, despiertos muchachos españoles o jóvenes esclavos que, igual que pajes o peces pilotos, andaban siempre en torno a la persona de don Benito. De tal suerte que, observando la negligencia con que aquel inválido erraba de uno a otro lugar, mudo y apático, ningún hombre de tierra adentro hubiera podido imaginar que gozaba del poder de un dictador,

fuera del cual, estando en plena mar, ningún recurso humano existe.

Así pues, el español, dada su propia reserva, solo parecía víctima involuntaria de una enfermedad mental. No obstante, tal reserva quizá fuera, en realidad, fruto de un propósito deliberado. De ser así, en el caso de don Benito se advertía, ya acentuada hasta lo enfermizo, aquella política circunspecta, aunque bien consciente, adoptada en mayor o menor grado por rodos los capitanes de grandes barcos, la cual, de no mediar alguna emergencia, inhibe tanto cualquier manifestación de dominio como todo rasgo de sociabilidad, y convierte al mismo tiempo al hombre en una especie de bloque de madera o, mejor dicho, en un cañón cargado, que no dice nada mientras no se dispara.

Observándole bajo este último aspecto, el hecho de que, pese al estado actual del barco, persistiera el español en una actitud que sin duda hubiera resultado inofensiva, e incluso apropiada, en una nave bien provista —como tal vez lo fuera el "Santo Domingo" al inicio del viaje—, pero que ahora no parecía ser nada juiciosa, era la consecuencia natural del perverso hábito producido por el largo ejercicio de una cruel represión sobre sí mismo.

Quizá pensara el español que con los capitanes ocurre lo mismo que con los dioses; es decir, que está en su destino mantenerse circunspectos en cualquier situación. Y aun tal vez —cosa más verosímil— aquella actitud de soñoliento dominio podía derivarse de un esfuerzo por ocultar una debilidad consciente, siendo producto más bien de una estratagema huera, que de una profunda sabiduría. En cualquier caso, fueran deliberadas o no las maneras de don Benito, cuanto más consideraba el capitán Delano la reserva que lo caracterizaba, tanto menos molestia sentía cuando se veía convertido en objeto de una u otra de sus particulares manifestaciones.

Por lo demás, no era don Benito el único personaje que le preocupaba. Acostumbrado a la paz que reinaba entre los miembros de su tripulación, constituida casi en una entidad fa-

miliar, el estrepitoso caos que le ofrecía como espectáculo la dolida tribu del “Santo Domingo” no dejaba de atraer sus miradas. Fueron muchas las infracciones graves contra la disciplina, e incluso contra la decencia natural, que le fue dado observar. El capitán Delano las atribuyó principalmente a la falta de oficiales subalternos, a los que suele confiarse, aparte de otras funciones, lo que suele denominarse policía de un populoso navío. Realmente, los viejos tejedores de estopa obraban a veces como sí fueran los fiscalizadores de sus compatriotas de raza negra. Sin embargo, aunque lograban a veces apaciguar las disputas que de cuando en cuando surgían entre dos individuos, apenas contaban con el suficiente poder para restaurar la paz general. La condición del “Santo Domingo” era la de un barco transatlántico repleto de emigrantes: en la turbamulta de este cargamento de vivos, no hay duda que existen cosas tan poco turbulentas como las canastas o fardos, pero las amistosas reprimendas no son tan eficaces como el puño invencible del piloto. Le faltaba al “Santo Domingo” lo que tiene todo buque de emigrantes: unos oficiales superiores inflexibles. Ahora bien, en cubierta ni siquiera se advertía la presencia de un cuarto oficial.

Esto acrecentó la curiosidad del visitante por conocer en detalle los hechos que habían motivado tal ausencia, con sus naturales consecuencias, ya que, por más que se hubiera hecho una idea de los hechos por las quejas que desde el primer momento lo habían saludado, no podía saber aún por qué peripecias había pasado el barco. Sin duda, seria el capitán quien le proporcionaría el mejor informe. No obstante, vaciló el visitante en preguntarle, por miedo a recibir un desaire. Al fin, armándose de valor, decidió aproximarse a don Benito, y le renovó la expresión de su benévolo interés, agregando que, de conocer la historia de los infortunios del barco, quizá podría aliviarlos en parte. ¿Querría don Benito- confiarle toda su historia?

Don Benito se estremeció un instante y, después, como un sonámbulo al que de pronto se le hubiera sorprendido en el sueño, dirigió una mirada ausente al visitante, bajando al fin la

vista al suelo. Tanto tiempo se mantuvo en aquella actitud, que el capitán Delano, casi tan desconcertado como él y reaccionando, sin quererlo, con igual descortesía, le volvió bruscamente la espalda y marchó al encuentro de uno de los marineros españoles para sonsacarle la información que deseaba. No había andado todavía cinco pasos, cuando con particular urgencia lo invitó don Benito a volver, expresándole su pesar por la momentánea distracción sufrida y prometiéndole satisfacer su demanda.

Durante el relato, ambos capitanes permanecieron en la popa de la cubierta, lugar privilegiado al que sólo el criado se acercó.

—Hace hoy ciento noventa días —empezó el español, con su ronco murmullo— que este barco, con una buena oficialidad y unos buenos marineros, y con pasaje a bordo (unos cincuenta españoles en total), zarpó de Buenos Aires hacia Lima, llevando carga general, té del Paraguay y otras mercancías similares, además —y aquí señaló hacia la proa— de esa partida de esclavos negros que, como podéis ver, suman ahora un centenar y medio, pero que entonces eran unos trescientos. A lo largo de la costa del Cabo de Hornos, soportamos fuertes galernas. Una noche, en cuestión de segundos, tres de mis mejores oficiales y. unos quince marineros desaparecieron bajo las aguas con la. yerga mayor. Esta se quebró bajo ellos, en la cruz, cuando estaban intentando abatir con palancas la vela helada. Para aligerar el casco, fueron arrojados al mar los más pesados sacos de mate, junto con las pipas de agua entonces amarradas en cubierta. Y fue esta última providencia, además de las largas detenciones que más adelante sufrimos, la causa principal de nuestras más grandes desdichas. Cuando...

En este punto se vio acometido de súbito por un ataque de tos, producido sin duda por su desazón mental. El criado le ayudó a sostenerse en pie y, sacándose un cordial del bolsillo, se lo llevó a los labios. Don Benito se recobró un poco. Pero, por temor a dejarlo sin sostén cuando todavía no se había restablecido del todo, el negro le pasó el brazo por la cintura, sin dejar de mi-

rarle la cara, como queriendo acechar en su semblante el primer síntoma de una recuperación segura o de una recaída.

Continuó el español su discurso, aunque ahora lo hizo con palabras oscuras y entrecortadas, como alguien extraviado en un ensueño:

—¡Oh, Dios mío! Antes de pasar por lo que yo he tenido que sufrir, con alegría hubiera acogido las peores galernas, pero...

Volvió a acometerle la tos con mayor violencia. Cuando se calmó, cayó pesadamente sobre su criado, con los ojos cerrados y los labios enrojecidos.

—Delira. Recordaba la peste que siguió a las galernas —el criado exclamó suspirando con pesadumbre—. ¡Pobre amo mío, pobre! —esbozando con una mano un gesto de desesperación, mientras con la otra limpiaba los labios a don Benito—. Pero tenga paciencia, señor —agregó, volviéndose hacia el capitán Delano—. Estos ataques no le duran mucho tiempo. Ya verá cómo se recupera pronto.

Don Benito, una vez se hubo reanimado, prosiguió su discurso. Sin embargo, como este fragmento del relato fue muy entrecortado, sólo daremos aquí lo más sustancioso.

Según parece, la nave fue juguete durante muchos días de las tormentas registradas a lo largo del Cabo de Hornos. Poco después se declaró en ella el escorbuto, que se llevó consigo a gran cantidad de negros y blancos. Cuando al fin logró alcanzar las aguas del Pacífico, tan estropeadas estaban sus vergas y sus velas, y tan mal las manejaban los marineros supervivientes, en su mayoría inválidos, que, incapaz de proseguir su viaje hacia el norte, el barco, sin gobierno alguno y con la ayuda del viento, que soplaba con violencia, fue derivando durante muchos días y noches hacia el noroeste; luego lo dejó de repente la brisa, en aguas desconocidas, abandonado a las ardientes calmas. La falta de agua se manifestó entonces tan peligrosa para su subsistencia como lo fuera antes su propio exceso. Provocada, o agravada al menos, por una ridícula ración de agua, se produjo el escorbuto,

una fiebre maligna. El calor excesivo de una prolongada calma obró con tal eficacia, que barrió, como en oleadas, familias enteras de africanos y un número proporcionalmente mayor de españoles, cebándose por una infortunada fatalidad en todos los oficiales de a bordo. Así pues, con los favorables vientos del Oeste que sucedieron a la calma, las velas, ya rotas, que según las necesidades hubo que dejar colgar de los mástiles sin aferrarlas', quedaron gradualmente reducidas a su presente condición de jirones. Para reemplazar a sus marineros perdidos y proveerse de agua y de nuevo velamen, el capitán aprovechó la primera oportunidad para poner proa a Valdivia, el puerto civilizado situado en el punto más meridional de Chile y de la América del Sur. Pero, cuando se encontró cerca de la costa, el mal tiempo le impidió ver el puerto. Desde entonces, casi sin tripulación, con agua bien escasa y poco velamen, arrojando de vez en cuando al mar otro cadáver reciente, el "Santo Domingo" había sido balanceado por vientos contrarios, arrastrado por las corrientes y, poco a poco, recubierto de algas en los períodos de calma. Igual que un hombre extraviado en el bosque, más de una vez había vuelto sobre sus propios pasos.

—Pero, entre todas estas calamidades —prosiguió don Benito, con su ronquera, girando penosamente entre los brazos de su criado—, tengo mucho que agradecer a esos negros que ve usted, pues si bien pueden parecer gente muy poco dócil, de veras se han comportado con más comedimiento del que en tales circunstancias habría creído posible incluso su propietario.

Volvió entonces a desmayarse. De nuevo se le extravió el juicio, pero pronto se recobró y continuó de modo más claro:

—Sí, su propietario tenía razón cuando me aseguró que con sus negros no hacia falta utilizar hierro alguno. De modo que estos negros no sólo han permanecido siempre en cubierta, de acuerdo con la costumbre del país, en lugar de echarlos a la bodega, como suele hacerse con los guineanos, sino que también, desde el principio, se les ha permitido andar libremente dentro de ciertos límites.

De nuevo sufrió un desmayo. Otra vez deliró, pero, rehaciéndose al fin, prosiguió con mayor claridad:

—Pero es a Babo, después de Dios, a quien no sólo debo mi propia conservación, sino también, y sobre todo, el mérito de haber pacificado a sus hermanos más ignorantes cada vez que sentían tentaciones de murmurar.

—¡Ay, amo mío! —suspiró el negro, bajando la cabeza—. No hable de mí. Nada es Babo. Babo ha cumplido sólo con su deber.

—¡Leal muchacho! —exclamó el capitán Delano—. Don Benito, le envidio un amigo como éste, pues no puedo llamarlo esclavo.

Viendo al amo y al criado en pie ante él, el negro sosteniendo al blanco, el capitán Delano no pudo dejar de considerar la belleza de una relación que brindaba tal espectáculo de fidelidad por parte del uno y de confianza por la del otro. Subrayaba la escena el contraste de los vestidos, que denotaba sus respectivas posiciones. Llevaba el español una ancha chaqueta chilena de terciopelo oscuro; calzones y medias blancos, con hebillas de plata en la rodilla y en el empeine del pie; un sombrero de fino fieltro y copa alta, y una espada delgada, con montura de plata, colgada de la cintura, adminículo éste casi invariable, y más práctico que ornamental, en el atuendo de un caballero sudamericano de aquel tiempo. Excepto cuando sus contorsiones nerviosas lo desarreglaban ocasionalmente, advertíase en su indumento cierta afectación, que contrastaba singularmente con el ingrato desorden que reinaba en torno, especialmente en el caótico ghetto, delante del palo mayor, que ocupaban los negros.

El criado únicamente llevaba unos amplios pantalones, los cuales, por su tosquedad y sus remiendos, parecían haber sido cortados de-algún viejo retal de gavia. Estaban limpios, e iban sujetos a la cintura con un trozo de cabo destrenzado, lo que hacía que el negro, con aquel aire deprecativo y tan compuesto que a veces adoptaba, pareciera un fraile mendicante de San Francisco.

Aunque poco adecuada al tiempo y al lugar, al menos se-

gún la incompetente apreciación del americano, y por más extraño que pareciera el que hubiera sobrevivido a todas sus aflicciones, el atavío de don Benito no infringía acaso el estilo vestimentario entonces en boga entre los sudamericanos de su rango. Aun cuando en el presente viaje hubiera zarpado de Buenos Aires, se había declarado natural y residente en Chile, cuyos habitantes no habían adoptado unánimemente la chaqueta sencilla y los pantalones antes plebeyos, contentándose con introducir ligeras modificaciones en su indumentaria provinciana, tan pintoresca como ninguna otra en el mundo. Sin embargo, dada la triste historia del viaje y la palidez del español, parecía haber en sus vestidos algo tan incongruente, que incluso evocaba la imagen de un cortesano inválido que anduviera tambaleándose por las callejas de Londres en la época de la peste.

La parte del relato que tal vez despertó mayor interés, así como cierta sorpresa, considerando las latitudes en cuestión, fue la relación de las largas calmas, y más particularmente la de la deriva tan prolongada que sufrió la nave. Sin manifestar, claro está, cuál era su opinión, el americano no pudo dejar de achacar una parte al menos de tales retrasos a una torpe navegación y a una marinería ignorante de su oficio. Observando las manos pequeñas y amarillas de don Benito, dedujo fácilmente que el joven capitán no había transmitido sus órdenes desde el escobén, sino desde la ventana de su camarote. Y, si así era, ¿por qué sorprenderse de la incompetencia de un hombre en que se coligaban la juventud, la enfermedad y la aristocracia? Esta fue su democrática conclusión final.

Sofocado su espíritu crítico por el predominio de la compasión, el capitán Delano, tras haber escuchado su historia de cabo a rabo y después de haberle reiterado sus simpatías, no sólo se comprometió, como lo había hecho desde un principio, a subvenir a las necesidades inmediatas de don Benito y de los suyos, sino que incluso prometió ayudarle obtener un suministro de agua abundante y duradero, así como aparejos y velámenes. Además, aunque ello representara un grave perjuicio para él

mismo, le ofreció tres de sus mejores marineros para que provisionalmente ejercieran las funciones propias de los oficiales de cubierta, para que el navío pudiera dirigirse sin demora basta Concepción, donde seria convenientemente reparado antes de llegar a Lima, su lugar de destino.

Tal muestra de generosidad no dejó de producir efecto, incluso en el inválido. Su rostro se iluminó. Hético y tembloroso, topó con la honesta mirada del visitante. Parecía colmado de gratitud.

-Esta excitación es cosa mala para el amo —dijo susurrante el criado, quien, tomándole del brazo, lo llevó suavemente a un rincón, al tiempo que le dirigía algunas palabras para tranquilizarlo.

Cuando regresó don Benito, el americano observó con dolor que su euforia, igual que el súbito enrojecimiento de sus mejillas, no habían sido otra cosa que una pasajera fiebre.

Bien pronto, dirigiendo una lánguida mirada hacia la popa, el anfitrión invitó a su visitante a que le acompañara hasta allí, para aprovechar la menor brisa que pudiera soplar.

Durante el tiempo que duró el relato, el capitán Delano se estremeció una o dos veces al oír el retintín de los golpes de los pulidores de hachas, extrañándose de que se tolerara tal interrupción, sobre todo en aquel lado del navío y al alcance del oído de un inválido, y como, además, el aspecto de las hachas no resultaba particularmente agradable, y todavía menos lo era el de quienes las manejaban, el capitán Delano, a decir verdad, no dejó de experimentar cierta secreta repugnancia, e incluso tal vez un ligero estremecimiento, cuando decidió aceptar con placer aparente la invitación de su anfitrión. Y esto tanto más cuanto que, por un afán de formalismo inoportuno y arbitrario, don Benito, con corteses inclinaciones a lo castellano, insistió solemnemente en que su huésped lo precediera en la escalerilla que subía a aquella plataforma, donde, a uno y otro lado del último escalón, se hallaban sentados, igual que portaestandartes o centinelas, dos miembros de la temible fila. El capitán Delano

avanzó entre ellos con vacilante paso, y en seguida que los dejó atrás como un individuo que pasara por las baquetas, sintió que las pantorrillas se le envaraban por el temor sufrido.

Sin embargo, cuando miró a su alrededor y pudo ver a toda la fila, parecida a la de unos organilleros absorbidos en su labor con una suerte de ensimismamiento estúpido que dejaba fuera cualquier otra preocupación, no pudo menos que sonreírse por el miedo que había sentido.

En aquel instante, estando junto a don Benito, al mirar hacia la cubierta inferior, lo sorprendió uno de aquellos casos de insubordinación ya mencionados antes. Tres muchachos negros y dos grumetes españoles, sentados juntos en las escotillas, se dedicaban a raspar una tosca escudilla de madera en la que se había cocido alguna pobre pitanza. De pronto, uno de los chicos negros, enfurecido por alguna palabra que pronunciara uno de sus compañeros blancos, agarró un cuchillo y, aunque uno de los de la estopa lo llamó al orden, hirió con él en la cabeza al muchacho blanco, produciéndole un corte del que brotó sangre.

Estupefacto, preguntó el capitán Delano qué significaba aquello. A esto respondió don Benito, pálido del todo, murmurando que sólo había sido una manera de jugar del chico.

—Bonita forma de jugar en serio, realmente —le replicó el capitán Delano—. Si a bordo del “Bachelor’s Delight” hubiera ocurrido algo semejante, habríase aplicado un castigo inmediato.

Al oír estas palabras, el español dirigió al americano una de sus miradas repentinas, fijas y como enajenadas. Tras otra recaída en su estado letárgico, le respondió:

—Desde luego, señor, desde luego.

“¿Será este desgraciado —pensó el capitán Delano— uno de esos capitanes de paja que ya he tenido ocasión de conocer, cuya política consiste en ignorar los hechos que no pueden reprimir mediante la fuerza?.No existe espectáculo más triste que el de un capitán que ejerce sólo nominalmente el mando.”

—Me parece a mi, don Benito —dijo entonces, echando una mirada hacia el de la estopa que había tratado de interponerse entre los dos muchachos—, que le aprovecharía bastante tener ocupados a todos los negros, especialmente a los más jóvenes, en cualquier labor, por inútil que fuera, y suceda lo que suceda con el barco. Incluso con mi pequeña dotación, considero indispensable tal forma de proceder. En una ocasión tuve distraída a mi tripulación en el alcázar con el pretexto de que sacudieran las esterillas de mi camarote, cuando hacia ya tres días que lo había dado todo por perdido, las esterillas, la tripulación y el resto, pues estábamos cogidos en el vórtice de una violenta galerna y no teníamos otra posibilidad que dejarnos llevar irremediablemente a la deriva.

—Desde luego, desde luego —murmuró don Benito.

—Pero —prosiguió el capitán Delano, volviendo a mirar a los de la estopa, y luego a los pulidores de hachas vecinos— ya veo que, por lo menos, mantiene ocupados a algunos de los suyos.

—Sí —fue la vaga respuesta.

—Esos negros ya viejos, los de allá abajo, que agitan los puños desde lo alto de sus púlpitos —continuó el capitán Delano, indicando a los de la estopa—, parecen desempeñar el papel de maestros de escuela con respecto a los otros, aunque sus reconvenciones no sean siempre escuchadas. ¿Son voluntarios, don Benito, o acaso ha sido usted quien los ha nombrado guías de su rebaño de negros carneros?

—Los lugares que ocupan, yo mismo se los he asignado

—replicó el español en tono agrio, como si conjeturara una segunda intención, satírica y ofensiva.

—Y los demás, esos hechiceros ashanti —prosiguió el capitán Delano, contemplando con mirada inquieta cómo los pulidores de hachas blandían el acero que ahora brillaba a intervalos—, parecen estar ocupados en una curiosa labor. ¿No es cierto, don Benito?

—En medio de las galernas que hemos sufrido —replicó el

español—, las mercancías que no fueron arrojadas por la borda, quedaron gravemente perjudicadas por efecto del agua de mar Desde que nos acompaña de nuevo el buen tiempo, cada día dispongo que se suban a bordo varias cajas de cuchillos y hachas con el fin de limpiarlos y restaurarlos.

—Juiciosa idea, don Benito. Presumo que es usted copropietario del barco y del cargamento, pero quizá no lo sea de los esclavos. ¿No es cierto?

—Me pertenece todo lo que usted ve —contestó impaciente don Benito—, con excepción de la mayor parte de los negros, propiedad de mi difunto amigo Alejandro Arana.

Al mencionar aquel nombre? pareció desgarrársele el alma, se le estremecieron las rodillas y tuvo que sostenerle su criado.

Imaginando adivinar la causa de tan extraordinaria conmoción, y para confirmar lo que suponía, el capitán Delano dijo, tras breve pausa:

—¿Y puedo preguntarle, don Benito, ya que hace un instante me habló de algunos pasajeros de camarote, si el amigo cuya pérdida tanto le aflige viajaba en compañía de sus negros al inicio del viaje?

—Si.

—¿Y murió de las fiebres?

—Murió de las fiebres... ¡Ay, si yo pudiera...!

Estremeciéndose de nuevo, el español hizo una pausa.

—Perdóneme usted —dijo despacio el capitán Delano—, pero creo imaginar, por una similar experiencia, lo que tanto agudiza su dolor. Tuve en otro tiempo la desgracia de perder en el mar a un amigo del alma, mi propio hermano, que era entonces sobrecargo. Tranquilizado sobre la salvación de su espíritu, hubiera virilmente soportado su muerte, peto ver aquella honesta mirada, aquellas manos honradas, que tantas veces habíanse estrechado con las mías, y aquel corazón tan cálido... ¡todo aquello echado junto a los tiburones, igual que sobras arrojadas a los perros! Entonces prometí no volver a llevar nunca más como compañero de viaje a un hombre al que quisiera, sin haberme

provisto antes, a sus espaldas, de todo lo necesario para, en caso de fatalidad, poder embalsamar sus despojos y enterrarlo así en tierra firme. Si los restos de vuestro amigo estuvieran ahora a bordo de este barco, don Benito, la mención de su nombre no os conmovería con tanta intensidad.

—¿A bordo del barco? —repitió el español.

Luego, con horrorizados gestos, como dirigidos contra la visión de algún espectro, se desplomó inconsciente en los brazos ya tendidos de su criado, el cual, con una silenciosa llamada al capitán Delano, parecía implorarle que no volviera a hablar de un tema tan indeciblemente doloroso para su amo.

“Este pobre hombre —pensó el americano, entristecido— es víctima de esa lamentable superstición que asocia los espectros con el cuerpo abandonado del hombre, los fantasmas con la casa desierta. ¡Qué distintos somos todos! La sola sugerencia de lo que a mí, en un caso semejante, me hubiera proporcionado una gran satisfacción, aterra a este español hasta el extremo de hacerle perder los sentidos. ¡Pobre Alejandro Arana! ¡Qué dirías tú al ver a tu amigo, aquel que antaño, cuando te dejaba en tierra, tantas veces hubiera deseado mirarte, aunque sólo fuera por un instante, invadido ahora por el terror con sólo pensar que puedas estar tú a su lado!”

En aquel momento, la campana del castillo de proa, con un grave redoble fúnebre que al sonar revelaba alguna resquebrajadura, tañida por uno de los viejos de la estopa, daba las diez a través de la plomiza calma. Entonces atrajo la atención del capitán Delano la. figura móvil de un gigantesco negro que se destacaba de la multitud para dirigirse hacia la toldilla.. Traía en el cuello un collar de hierro del que colgaba una cadena tres veces ceñida a su cuerpo y con los últimos eslabones atados con un candado a una ancha banda de hierro que le servía de cinturón.

—Atufal se mueve como un mulo —murmuró el criado.

El negro subió los escalones de la toldilla y, como un orgulloso prisionero llamado para informarle de la sentencia dicta-

da, se mantuvo en pie con callada firmeza ante don Benito, recuperado de su ataque.

Apenas advirtió su presencia, se sobresaltó don Benito, y una sombra de resentimiento se extendió por su rostro. Como sí de pronto recordara un inútil arrebato de ira, apretó sus labios blanquecinos.

“Debe de ser algún pertinaz revoltoso”, pensó el capitán Delano, sin dejar de observar admirado la colosal estatura del negro.

—Vea, mi amo: aguarda su pregunta —dijo el criado. Ante lo cual don Benito, desviando nervioso la mirada como si tratara de eludir por adelantado alguna réplica rebelde, habló así con voz alterada:

—Atufal, ¿vas a pedirme perdón ahora? El negro nada dijo.

—Repítaselo otra vez, amo mío —murmuró el criado, lanzando a su compatriota una mirada llena de amargo reproche—. Otra vez, amo mío. Ya verá cómo al fin se doblega.

—Contesta —dijo don Benito, desviando todavía la mirada—. Pronuncia sólo la palabra “perdón” y se te quitarán estas cadenas.

El negro entonces, alzando despacio sus dos brazos, los dejó caer sin fuerza, haciendo resonar sus cadenas y doblando la cabeza, como si dijese: “No, estoy bien así.

—Anda, pues —dijo don Benito, con emoción contenida y oculta.

Tan deliberadamente como había venido, obedeció el negro.

—Perdóneme usted, don Benito —dijo el capitán Delano—, pero me choca esta escena. ¿Qué significa, por favor?

—Quiere decir que sólo este negro, entre toda la banda, me ha agraviado de un modo particular. Lo he cargado de cadenas, lo he...

Aquí se detuvo, llevándose la mano a la cabeza, como si padeciera de vértigo o como si de pronto se le hubieran revuelto los

recuerdos. Sin embargo, la benévola mirada de su criado pareció tranquilizarlo, y prosiguió así:

—No podía hacer azotar á semejante coloso. Pero le di a entender que debía pedirme perdón. No lo ha hecho aún. Por orden mía, cada dos horas comparece ante mí.

—¿Y desde cuando dura esto?

—Desde hace unos sesenta días.

—¿Y se muestra, en lo demás, obediente y respetuoso?

—Sí.

—Según mi parecer —exclamó impulsivamente el capitán Delano—, a este hombre debe animarlo algún espíritu de rey.

—Quizá posea algún título para serlo —replicó con cierta amargura, don Benito—. Pretende haber sido rey en su tierra.

—Sí, así es —dijo el criado, entrometiéndose en la conversación—. De esos agujeros que tiene Atufal en las orejas colgaron en otro tiempo pendientes de oro. Pero el pobre Babo no era en su tierra sino un esclavo: Babo era esclavo de un hombre negro, y hoy lo es de un blanco.

Un tanto molesto por esas interrupciones familiares producidas en medio de la conversación, el capitán Delano se volvió con cierto aire sorprendido hacia el criado y dirigió luego una mirada inquisitiva hacia su amo. No obstante, corno si ambos estuvieran habituados a esta actitud, ni uno ni el otro parecieron entenderle.

—¿Cuál fue, os lo ruego, la ofensa de Atufal, don Benito?

—interrogó el capitán Delano—. Si no fue cosa grave, permita que le dé un consejo bien simple: considerando su obediencia general, y por un respeto natural hacia su orgullo de casta, levántele el castigo.

—No, no; nunca hará eso el amo —murmuró el criado, como dirigiéndose a él mismo—. Primero deberá pedir perdón al amo el orgulloso Atufal. El esclavo lleva la cadena, pero el amo tiene la llave.

Despierta así su atención, el capitán Delano observó entonces por primera vez una llave que colgaba del cuello de don Be-

nito por medio de un fino cordón de seda. Adivinando en seguida, por lo que susurraba el criado, cuál era el empleo de la llave, sonrió y dijo:

—Así, don Benito, que candado y llave; en verdad, son símbolos bien significativos.

Mordiéndose los labios, don Benito flaqueó.

El capitán Delano, hombre que por su simplicidad natural era incapaz de practicar la sátira o la ironía, había dejado caer modo si aquella observación como una alusión lisonjera al angular con que el español hacía resaltar su autoridad sobre el negro. Pero el hipocondríaco pareció considerarla como una reflexión maliciosa sobre su evidente impotencia para quebrantar, al menos mediante intimaciones verbales, la inconmovible voluntad del esclavo. No sin deplorar aquella mala interpretación, pero sin esperanzas de rectificarla, el capitán Delano abandonó el tema. No obstante, al encontrar a su compañero cada vez más reservado, como si todavía digiriera lentamente el supuesto insulto más arriba mencionado, también el americano fue poco a poco volviéndose menos locuaz, oprimido en su fuero interno, y a pesar suyo, por el secreto rencor que el español parecía abrigar contra él en su morbosa sensibilidad, y así quedó silencioso, pero sólo por contagio.

Luego el español, ayudado por su criado, se separó con escasa cortesía del capitán Delano, proceder que hubiera podido interpretarse como efecto de un pasajero mal humor, si amo y esclavo, demorándose a la vuelta de la elevada lumbrera, no se hubieran puesto a murmurar en voz baja. No dejaba de ser aquello desagradable. Más aún: la mudable expresión del español, a veces impregnada de una especie de enfermizo señorío, parecía ahora haber perdido toda su dignidad, al tiempo que la servil familiaridad del criado se despojaba de su original encanto de fidelidad natural.

En medio de su embarazo, el visitante volvió la mirada al otro lado del navío. Al hacerlo, sus ojos percibieron a un joven marinero español que, con un rollo de jarcia en la mano, subía

desde la cubierta a la primera encapilladura del aparejo de mesana. Quizá aquel hombre hubiera escapado a su atención si, mientras trepaba a una de las vergas, no hubiera mantenido, con especial y disimulada insistencia su mirada fija en el capitán Delano, para dirigirla luego, como por natural impulso, hacia los dos que murmuraban.

Volvió otra vez su atención hacia aquel lado el capitán Delano y experimentó un ligero sobresalto. Algo particular en los gestos de don Benito en aquel preciso instante, parecía revelar que el americano había sido, al menos en parte, el tema que allí se trataba, conjetura que resultaba tan poco grata para el visitante como poco lisonjera para su anfitrión.

Las raras alternativas de cortesía y malos modales que observaba en el capitán español, sólo permitían imaginar dos hipótesis: locura inocente o impostura maligna.

Pero la primera idea, aunque se le habría podido ocurrir naturalmente a cualquier observador neutral, y si bien en ciertos aspectos no era del todo extraña al capitán Delano, se hallaba virtualmente desechada desde el momento en que éste empezó a considerar la conducta del extranjero a la luz de una afrenta deliberada .Sin embargo, si no estaba loco, ¿qué podía pensar-se? En las actuales circunstancias ¿adoptaría un caballero, o incluso cualquier rústico aldeano, la actitud de su anfitrión? El hombre debía de ser un impostor. Algún aventurero de baja extracción que pretendía mostrarse como un gran señor del océano, pero tan ignorante de las exigencias de la más elemental caballerosidad, que se traicionaba por la falta inusitada de decoro de que daba muestras. Ese extraño ceremonial que en otros momentos desplegaba parecía bien característico de quien desempeña un papel por encima de su nivel real. Benito Cereno, don Benito Cereno: un nombre sonoro. Un nombre que no era entonces desconocido de los capitanes y sobrecargos habituados a traficar a lo largo del continente español, pues pertenecía a una de las familias de comerciantes más emprendedoras y estén-

didas de todas aquellas provincias. Una familia en la que varios miembros ostentaban títulos de nobleza: una suerte de Rothschilds castellanos, con un hermano o un primo noble en cada gran ciudad comercial de Sudamérica. El presunto don Benito era joven: tendría seguramente unos veintinueve o treinta años. Jugar al segundón errante por cuenta de los negocios marítimos de tal familia, ¿no era aquél un estupendo subterfugio para un mozo bribón con talento y valor? Pero el español era un inválido macilento. ¿Qué importa eso? Ya otras veces se habían visto falsarios lo bastante hábiles como para fingir una enfermedad mortal. ¡Pensar que bajo aquella apariencia de debilidad infantil pudiera encubrirse la más salvaje energía, y que aquel terciopelo del español quizá no fuera más que la cobertura de sus garras!

Esas imaginaciones no surgieron de ningún raciocinio, no brotaron de dentro, sino de fuera, y se esparcieron de repente como la escarcha, pero para desvanecerse apenas la natural bondad del capitán Delano, como un dulce sol, volvió a alcanzar su meridiano.

Mirando de nuevo hacia don Benito —cuyo perfil, visible por encima de la lumbrera, estaba ahora vuelto hacia él—, quedó sorprendido el capitán Delano de la tersura y delicadeza de sus rasgos, afinados además por la delgadez derivada de su enfermedad y ennoblecidos por la barba.

Aliviado por estos y otros más felices pensamientos, el visitante, tarareando ligeramente una tonada, se puso a pasear por la toldilla con indiferente paso, a fin de no dejar entrever a don Benito sus sospechas de descortesía, esto es, de doblez, ya que los acontecimientos futuros bien podrían ser tales que mostrasen el carácter ilusorio de su desconfianza, aun cuando las circunstancias que lo habían provocado quedaran sin explicar por el momento. Pero el capitán Delano pensó que, una vez aclarado aquel pequeño misterio, tal vez experimentara luego un grave pesar por haber permitido a don Benito intuir las conjeturas tan poco caritativas a las que se había abandonado. En suma, prefería conceder por un tiempo, al español, el beneficio de la duda.

Este último, sin embargo, con el rostro ensombrecido y contraído, y siempre asistido de su criado, se adelantó hacia el capitán Delano. Con embarazo aún más acentuado, y no sin dar una especie de entonación extraña e intrigante a su velado murmullo, inició la conversación siguiente:

—Señor, ¿puedo preguntarle cuánto tiempo hace que fondearon ustedes en esta isla?

—¡Ah! Pues hace uno o dos días, don Benito.

—¿Y cuál fue el último puerto en que atracaron?

—En el de Cantón.

—¿Y allí, señor, cambiaron ustedes sus pieles de foca por té y sedas? ¿No es esto lo que me dijo antes?

—Sí; sobre todo, sedas.

—Y la diferencia la recibió, sin duda, en especies, ¿no es esto?

El capitán Delano, con algunas muestras de impaciencia, le respondió:

—Sí: recibí algo de plata, pero no fue en gran cantidad.

—Ah... Bien. ¿Puedo preguntarle cuántos hombres lleva usted a bordo, señor?

El capitán Delano tembló ligeramente, pero contestó:

—Unos veinticinco, en total.

—Y ahora, señor, estarán todos a bordo, ¿no?

—Todos a bordo, don Benito —respondió el capitán, con satisfacción.

-¿Y lo estarán también esta noche, señor?

Ante esta última pregunta, que venía a rematar tan insistente interrogatorio, por nada del mundo hubiérase reprimido el capitán Delano de mirar con fijeza y muy seriamente a quien se la hacía. Sin embargo, éste, en lugar de sostener la mirada, bajó los ojos hacia la cubierta con todos los síntomas de padecer una temerosa confusión, y en esto contrastaba lastimosamente su actitud con la de su criado, que en aquel instante se arrodillaba a sus pies para ajustarle una hebilla de plata, pero su mirada,

una vez terminada su tarea, se volvió, con humilde curiosidad, hacia el rostro inclinado de su amo.

El español, siempre en un sospechoso murmullo, repitió la pregunta:

—¿Y:.. y estarán a bordo esta noche, señor?

—Sí, por lo que yo sé —le contestó el capitán Delano—. Pero... no —añadió, con valerosa sinceridad—, pues algunos de ellos hablaban de volver a salir de pesca esta noche.

—Sus botes van generalmente... van más o menos armados, me imagino, ¿verdad, señor?

—¡Ah, sí! Una pieza de seis, o dos, como medida preventiva —le replicó, con atrevida indiferencia—; y una pequeña reserva de mosquetes, arpones y machetes.

Mientras asíle respondía, el capitán Delano volvió a mirar a don Benito, pero éste mantenía apartada la vista. Cambiando de tema con una torpe brusquedad, aludió huraño a la calma reinante, y luego, sin excusarse, se retiró otra vez con su criado a las batayolas del otro lado, donde se reanudó el cuchicheo.

Luego, y antes de que el capitán Delano hubiera tenido tiempo de reflexionar en lo que acababa de ocurrir, vio al joven marinero español ya citado descender de la jarcia. Al inclinarse éste hacia delante para saltar sobre cubierta, su blusón abierto, o camisa de gruesa lana, amplia flotante y con numerosas manchas de brea encima, se abrió hasta el pecho, dejando ver una sucia prenda interior que parecía estar confeccionada con la más fina tela, orillada en el cuello por una estrecha cinta azul, raída y deslustrada. No obstante, la mirada del joven marinero, fija de nuevo en los murmuradores, hizo que el capitán Delano creyera discernir en ella un oculto significado, como si en ese instante se hubieran intercambiado mudas v esotéricas contraseñas.

Ese incidente lo indujo de nuevo a fijar su mirada en la persona de don Benito, y, lo mismo que antes, sacó la conclusión de que era él mismo el tema de la conferencia. Entonces se detuvo, y el ruido de las hachas pulimentadas llegó a sus oídos. De

nuevo lanzó una rápida mirada disimulada a los dos personajes, que parecían conspiradores. Después del reciente interrogatorio y el incidente del joven marinero, esas circunstancias provocaron en él, con tal fuerza, un retorno del precedente sentimiento de involuntaria desconfianza, que el carácter particularmente espontáneo del americano no pudo ya soportarlo. Adoptando un aire de divertida jovialidad, se dirigió a través de la cubierta hacia los dos, y dijo:

—Bien, don Benito, parece usted conceder a este negro un importante papel como confidente. De hecho, le hace las veces de un consejero privado.

A lo cual el criado levantó la vista con socarronería bonachona, pero el amo se estremeció como si hubiera recibido una mordedura venenosa. Transcurrieron algunos minutos antes de que el español se hubiera recobrado lo suficiente para responder, lo que hizo finalmente con una fría discreción, al decir:

—Sí, señor: confío en Babo.

En este punto Babo, transmutando su expresión de pura alegría animal en una sonrisa inteligente, miró a su amo con aire de gratitud.

Al ver que el español mantenía una silenciosa reserva, como si quisiera dar a entender, adrede o sin quererlo, que la proximidad de su huésped le enojaba en aquel momento, el capitán Delano, no deseando mostrarse grosero ni aun ante la grosería, hizo alguna observación intrascendenre y se retiró, dando vueltas y más vueltas en su propio caletre al tema de la singular conducta observada por don Benito Cereno.

Había bajado de la toldilla y, absorbido en sus pensamientos, pasaba junto a una oscura escotilla que conducía al entre-puente, cuando percibió allí algo que se movía y miró para averiguar qué era. En aquel mismo instante se produjo un destello en la sombra de la escotilla, y él vio a uno de los marineros españoles, que rondaba por aquellos lugares, llevarse apresuradamente la mano al pecho, bajo el blusón, como queriendo ocultar alguna cosa. Antes de que el capitán pudiera reconocer con certeza la

identidad del marinero, éste se esfumó de su vista. Pero el capitán Delano lo había visto con la claridad suficiente para convencerse de que se trataba del mismo joven marinero que había observado antes montado en las jarcias.

“¿Qué era lo que refulgía de tal manera? —pensó el capitán Delano—. No era una lámpara, ni un fósforo, ni una brasa encendida. ¿Sería, tal vez, una joya? Pero ¿desde cuándo llevan joyas los marineros..., o ropas bordadas en seda? ¿Habrán saqueado éstos los baúles de los pasajeros difuntos? Pero, si es así, no es fácil que se ponga nadie una de las cosas robadas a bordo del navío. ¡Ah, ah!... Si realmente vi yo, hace un instante, a ese muchacho sospechoso intercambiar una señal secreta con su capitán, si pudiera estar seguro de que no me engañaban los sentidos, entonces...

En este punto, al pasar de un motivo de sospecha a otro, recordó suavemente el contenido de las extrañas preguntas que se le habían hecho acerca de su nave. Por una singular coincidencia, conforme evocaba cada una de ellas, aquellos brujos negros ashanti se ponían a repicar con las hachas, como acompañando con siniestro comentario las reflexiones del visitante blanco. Asaltado por esos enigmas y malos agüeros, hubiera sido, por decirlo así, contra natura que el corazón más confiado no sintiera ciertos temores.

Observando que el barco, convertido ahora en presa de la corriente, inmóvil el velamen, derivaba irresistiblemente mar adentro con rapidez creciente, y al advertir que su barco cazador de focas había quedado fuera del alcance de la vista, el firme marino se echó a temblar bajo el influjo de ciertas ideas que apenas se atrevía a confesarse a sí mismo. Ante todo, la-figura de don Benito comenzaba a inspirarle un terror espectral. No obstante, cuando se sobrepuso, ensanchó el pecho, se sintió más seguro sobre sus piernas y reflexionó fríamente acerca del problema. ¿Qué significaban, en definitiva, esos fantasmas?

De haber concebido el español algún proyecto siniestro, éste debía referirse no tanto a su persona (el capitán Delano),

cuanto a su barco (el “Bachelor’s Delight”). Pues bien, el hecho de que la deriva alejara ahora a un barco del otro, en lugar de favorecer el supuesto proyecto, constituía un obstáculo para que se realizara, al menos por el momento. Seguramente, su sospecha, dadas esas contradicciones, había de ser ilusoria. Además, ¿no era absurdo pensar que un navío en aprietos, privado casi de toda su tripulación por la enfermedad, con los ocupantes muertos de sed, no era mil veces absurdo creer que tal embarcación pudiera asumir ahora el papel de una nave pirata, oque su capitán, tanto para sí mismo como para los suyos, deseara otra cosa que no fuese recibir pronta ayuda y los necesarios víveres? Aunque, por otra parte, ¿no serían fingidos aquel estado de urgencia general, y la sed en particular? Y aquella tripulación española, de la que se afirmaba que había perecido casi en su totalidad, ¿no estaría intacta y tal vez oculta en aquel instante en la bodega? Implorando con débil voz un vaso de agua fresca, demonios con figura humana se habían introducido a veces en solitarias moradas, retirándose sólo tras haber realizado algún acto nefasto. Y, entre los piratas malayos, nada era más usual que atraer a las naves tras ellos hasta llegar a sus traicioneras radas; o, ya en alta mar, engañar a los ocupantes de un barco enemigo con el espectáculo de unas cubiertas vacías o escasamente pobladas, bajo las que se ocultaban un centenar de lanzas y de brazos amarillos dispuestos a lanzarlas a través de los palletes.

No quiere decir esto que el capitán Delano había concedido absoluto crédito a semejantes hechos al oírlos contar, pero en aquel momento tales historias le volvían a la memoria. El destino presente del buque era el fondeadero. Allí se encontraría al costado de su propio barco. Una vez puesto en tal vecindad, ¿no liberaría quizá el “Santo Domingo”, igual que un volcán medio extinguido, energías hasta entonces ocultas?

Recordó la actitud del español al referir su propia historia, sus pausas, sus sombríos subterfugios. Era precisamente aquél el modo de hablar de quien compone su relato, improvisadamente, para alcanzar sus malévolos propósitos. Sin embargo, si no

era verdadera la historia, ¿cuál era la verdad, entonces? ¿Habíase posesionado el español del barco de una manera ilegal? Pero gran número de detalles, particularmente los relacionados las circunstancias más desdichadas —como la fatal desaparición de los marineros, las vueltas prolongadas que fueron consecuencia de ello, los sufrimientos padecidos durante las persistente calmas y los que todavía provocaba la sed—, en todos estos puntos y otros más, el relato hecho por don Benito no sólo ha corroborado las exclamaciones quejumbrosas de aquella multitud indiscriminada negros y blancos, sino también —imposible fingir. esto—— la misma expresión de los rasgos huma nos observados por el capitán Delano. Si la historia de don Benito era de un extremo al otro una pura invención, no existía un alma a bordo, hasta la de la negrita más joven, que no hubiera sido cuidadosamente.— reclutada, y que no se hallara inmersa en tal conjura, deducción ésta bien inverosímil. Y, sin embargo, de existir algún motivo para poner en duda la veracidad del capitán español, tal era la legítima deducción que se imponía.

En suma, apenas la mente del honrado marino se abría a una nueva inquietud, por una espontánea reacción del buen sentido, era inmediatamente expelida. Al fin, comenzó a reírse de esos presentimientos y del extraño navío, que por su aspecto parecía en cierto modo secundarlos, al tiempo que también se reía del aspecto estrafalario de los negros, en particular de los viejos afiladores ashanti y de aquellos de la estopa, parecidos a mujeres haciendo calceta en el lecho, y casi estuvo a punto de hacerlo también del propio español, tan sombrío, aquel ser fantasmal que estaba en el centro del asunto.

Por lo demás, todo cuanto parecía seriamente enigmático, su bondad natural lo atribuyó al hecho de que el pobre inválido apenas sabía lo que hacía, ya fuera que lo ensombrecieran negros humores, ya que planteara al azar cuestiones sin sentido ni objeto alguno. Era evidente que, por el momento, no estaba capacitado el hombre para guiar el barco. Aprovechando cual-

quier benévolo pretexto, el capitán Delano debía retirarle el mando y enviar hasta Concepción al “Santo Domingo” bajo el mando de su segundo oficial, persona de absoluta confianza y buen navegante, plan éste que beneficiaría tanto a don Benito como al mismo barco, ya que el enfermo, liberado de cualquier ansiedad y confinado en la cámara, con la diligente ayuda que le prestara su criado, probablemente habría recobrado antes del final del viaje parte de su salud, como también su autoridad.

Por esta senda transcurrían las ideas del americano, reflexiones bien tranquilizadoras, por cierto. Existía un abismo entre la idea de lo que don Benito había decidido sombriamente sobre la suerte del capitán Delano y aquella que el capitán Delano tan despreocupadamente concibiera de don Benito. Sea como fuere, no. dejó de experimentar cierto alivio el buen marino al divisar a lo lejos la ballenera, cuya ausencia se había prolongado junto al buque cazador de focas y se había alargado en el viaje de vuelta por el progresivo alejamiento de su mera.

Observaron los negros aquel punto móvil y sus gritos despertaron el interés de don Benito, el cual, con una renovada cortesía, se acercó al capitán Delano, expresándole su satisfacción por ver llegar los víveres tan anhelados, por escasos y provisionales que éstos fueran.

El capitán Delano correspondió al gesto, pero, al hacerlo, le llamó la atención un incidente sucedido en la cubierta inferior. Entre la multitud que se encaramaba a las batayolas opuestas a tierra, observando con ansiedad la aproximación de la lancha, dos negros, al parecer estorbados accidentalmente por uno de los marineros, prorrumpieron en horribles imprecaciones contra él, y como éste tratara de protestar, lo precipitaron sobre la cubierta y lo pisotearon allí, a pesar de los gritos conminatorios de los de la estopa.

—Don Benito —exclamó rápidamente el capitán Delano—, ¿ve usted lo que sucede ahí abajo? ¡Mírelo bien!

Pero, otra vez atacado por la tos, vaciló el español, llevándose las manos a la cara y dando la impresión de derrumbarse. El

capitán Delano acudió a prestarle ayuda, pero ya el criado, más diligente, sostenía a su amo con una mano, y con la que le quedaba libré le administraba una dosis de cordial. Cuando se hubo recuperado don Benito, le retiró su sostén el negro y se apartó éste unos pocos pasos, aunque siguió manteniéndose fielmente al alcance de su voz susurrante. Tal signo de discreción, a juicio del visitante, borró del todo la posibilidad de que los indecorosos conciliábulos antes mencionados fuesen utilizables como pieza de acusación contra el criado. Probó al mismo tiempo que, si había algo que reprochar al criado, la culpa era más bien del amo que no suya, ya que tan bien se comportaba una vez abandonado a su propio arbitrio.

Requerida su mirada, a pesar de aquella escena de desorden, por el espectáculo tan agradable que se le ofrecía, no pudo menos de felicitar el capitán Delano a don Benito por poseer tal criado, el cual, a pesar de que de vez en cuando se tomaba ciertas libertades, no por esto dejaba de ser de inestimable valor para quien se hallara en tal situación de desamparo.

—Dígame usted, don Benito —añadió, con una sonrisa—, pues me gustaría tener un criado como éste: ¿cuánto pide por él? ¿ Bastarían cincuenta doblones?

—Ni por mil doblones se separaría el amo de Babo —susurró el negro, que había oído la oferta, se la habla tomado en serio y, con la especial vanidad de un esclavo leal estimado por su dueño, mostraba así su desprecio por la evaluación tan mezquina propuesta por un desconocido.

Sin embargo, don Benito, aún no restablecido enteramente de la crisis y otra vez interrumpido por la tos, sólo dio una respuesta poco clara.

Pronto su debilidad corporal se acentuó tanto, que pareció afectar su cerebro; así que el criado, como queriendo ocultar tan triste espectáculo, se lo llevó abajo.

Una vez solo, el americano, para engañar el tiempo hasta la llegada de la ballenera, habría deseado abordar a alguno de los marineros españoles que tenía a la vista, pero, recordando unas

palabras de don Benito acerca de su mala conducta, se abstuvo de hacerlo, como un buen capitán de barco al que desagrada ver a los marinos manifestando cobardía o infidelidad.

Ocupado con esos pensamientos, dirigía la mirada a proa, fijándola en aquel puñado de marineros. Le pareció de pronto que uno de ellos le devolvía la mirada con una intención particular. Se restregó los ojos y miró de nuevo, comprobando lo mismo. Bajo una forma nueva, más oscura que las anteriores, volvieron las viejas sospechas, pero en esta ocasión, ausente don Benito, con menor sobresalto que antes. Pese al informe poco favorable recibido sobre aquellos marineros, el capitán Delano decidió acercarse inmediatamente a uno de ellos. Descendiendo de la toldilla, se abrió paso entre los negros, y su acción provocó, por parte de los de la estopa, un extraño grito al que obedecieron aquellos echándose a un lado para dejarle sitio. Sin embargo, como picados de curiosidad por ver la causa de aquella deliberada visita a su ghetto, fueron cerrando filas sin demasiado desorden detrás del forastero y le siguieron. Proclamado así su avance como por heraldos a caballo, y escoltado por una guardia de honor de cafres, el capitán Delano, con un aire jovial y distante, siguió andando, no sin dirigir de vez en cuando alguna expresión amable a los negros, al tiempo que vigilaba atentamente con la mirada los rostros blancos diseminados aquí y allá entre los negros, como peones blancos aventuradamente introducidos entre las filas del enemigo.

Cuando se preguntaba cuál de ellos elegiría para su particular propósito, observó por azar a un marinero sentado en cubierta y ocupado en embrear la gaza de un gran motón, mientras que un corro de negros, puestos en cuclillas a su alrededor, contemplaban sus gestos con mirada inquisidora.

La humilde tarea del hombre contrastaba con algo superior que había en su persona. Su mano, ennegrecida de tanto introducirla en el bote de brea que otro sostenía frente a él, no parecía armonizar de modo natural con su rostro, que habría resultado bien hermoso sin aquella huraña expresión. Parecía muy difí-

cil decidir si tal expresión era la de un delincuente, pues, así como el calor y el frío intensos, aunque distintos entre sí, producen similares sensaciones, de igual manera la inocencia y el delito, cuando por accidente se asocian al dolor de la mente, no utilizan sino un idéntico sello para imprimir una huella visible: el del estrago.

No es, sin embargo, que esta reflexión cruzara por la mente del capitán Delano, por caritativo que éste fuera. Fue otra idea la que se le ocurrió. Al observar que esa expresión tan singularmente hosca iba a la par con una sombría mirada extraviada como por el temor o la vergüenza, y al relacionar bien ilógicamente en su cabeza sus propias sospechas respecto a la tripulación con la mala opinión que su capitán tenía de ella, se vio insensiblemente influido por ciertas nociones generales que disocian el sufrimiento y el abatimiento de la virtud, ligándolas invariablemente al vicio.

“Si realmente ocurre algo malo a bordo de este barco

—pensó el capitán Delano—, seguro que este hombre ha introducido en ello la mano, igual que la sumerge ahora en la brea. Mejor será no-acercarme a él. Prefiero hablar con ese otro, con ese veterano del mar sentado ahí, en el molinete.”

Se adelantó al encuentro de un viejo lobo de mar barcelonés de mejillas curtidas y ajadas, patillas espesas como matorrales de espinos y ridículamente vestido con unos calzones rojos hechos jirones y un sucio gorro de dormir.

Sentado entre dos soñolientos africanos, este marinero, como su joven compañero, aparecía doblado sobre un trozo de jarcia, ajustando un cable, mientras los dos negros soñolientos realizaban la labor subalterna de sostenerle. los extremos de los cabos de labor.

Apenas advirtió que el capitán Delano se acercaba a él, el hombre bajó la cabeza más de lo que era necesario para llevar a cabo la faena. Diríase que deseaba dar a entender que un extraño celo lo absorbía en su labor. Al ser interrogado, alzó la vista, pero con una expresión furtiva y desconfiada que resultaba cu

riosa en aquel rostro modelado por los vientos, igual que si un oso gris, en lugar de gruñir y repartir mordiscos, se hubiera puesto a hacer carantoñas y fingir un aire zalamero. El capitán Delano le hizo varias preguntas acerca del viaje, preguntas que deliberadamente se referían a cierros pormenores del relato de don Benito no corroborados precedentemente por los impulsivos clamores que acogieron al visitante cuando subió a bordo del barco. El marinero respondió con brevedad a las preguntas, confirmando todo lo que quedaba por confirmar de la historia. Los negros que rodeaban el molinete se unieron a él, pero, a medida que éstos se volvían locuaces, enmudecía gradualmente el viejo marinero, y al fin su completo mutismo y su actitud morosa revelaron que no le interesaba responder ya a más preguntas, aunque su aspecto de oso feroz no dejara de ser mitigado por sus gestos, de una empalagosa cordialidad.

Sin esperanzas de poder conversar libremente con semejante centauro, el capitán Delano buscó, con la mirada, un personaje más prometedor, pero, no viendo ninguno, conminó amistosamente a los negros a que le dejaran paso, y así, entre socarronerías y gesticulaciones diversas, regresó a la toldilla, experimentando primero, sin conocer demasiado la causa, una ligera sensación de malestar, aunque en conjunto sintiera restaurada su confianza en Benito Cereno.

“Bien claro está —pensó para sí— que ese viejo lobo de mar con patillas ha demostrado tener mala conciencia. Sin duda, al yerme venir, ha tenido miedo de que, informado yo por el capitán de la mala conducta general observada por la tripulación, fuera a hacerle un sermón de advertencia, y por eso ha inclinado la cabeza. Y, no obstante... no obstante, ahora que lo pienso, ese mismo viejo canoso, sí no me engaño, era uno de los que parecían mirarme con tan rara insistencia hace sólo un momento. ¡Ah, esas corrientes trastornan a uno tan fácilmente como obligan a virar al mismo barco! Pero he aquí un agradable y diáfano espectáculo; y muy humano, por cierto.”

Le había llamado la atención una negra dormida, visible a medias por entre los nudos del aparejo, con sus jóvenes miembros extendidos al desgaire bajo el viento de las batayolas, como una gacela que descansara a la sombra de una roca umbría. Su vástago, bien despierto, gateaba para tomar sus pechos velados por su cuerpecillo negro desnudo, a medias levantado de la cubierta y echado sobre el cuerpo de la madre. Sus manitas, como dos patas, se aferraban a ella, y con la boca y la nariz hurgaba en vano para alcanzar su objetivo, todo ello acompañado de una suerte de gruñido de descontento que se confundía con el plácido ronquido de la negra.

El vigor poco común de la criatura despertó al fin a la madre. Esta pegó un brinco y observó a lo lejos al capitán Delano. Pero, aparentando no experimentar vergüenza alguna por haber sido sorprendida en tal actitud, cogió al niño entre sus brazos con aire gozoso y lo cubrió de besos con entusiasmo maternal.

“He aquí la naturaleza al desnudo: ternura, amor puro”, pensó el capitán Delano, como subyugado.

Este incidente le indujo a fijarse más particularmente en las otras mujeres negras que le produjeron la mejor impresión. Como la mayoría de las mujeres no civilizadas, parecían unir una robusta constitución a unos tiernos sentimientos, igualmente dispuestas a morir por sus retoños, que a combatir por ellos. Sel - váticas como hembras de leopardo y tan cariñosas como palomas.

“¡Ah! —pensó el capitán Delano—, quizá algunas de estas mujeres son como las que Mungo Park vio en Africa, y de las que nos dio tan noble descripción.” Este espectáculo hizo que insen - siblemente disminuyeran su desconfianza y malestar. Por fin, buscó con la mirada a la ballenera y se cercioró de su avance: todavía se encontraba a cierta distancia. Entonces se volvió para ver sí don Benito había ya reaparecido, pero no había señal de él.

Tanto por cambiar de escenario como para complacerse en observar la aproximación de la lancha ballenera, salvó las mesas

de guarnición y subió hasta la galería de estribor. Esos balcones de aspecto veneciano, ya antes mencionados, constituían retiros aislados de la cubierta. Cuando pisó su pie los musgos marinos, medio húmedos, medio secos, que tapizaban el sirio, y recibió en su mejilla un soplo de brisa solitaria, fantasmal airecillo sin heraldo ni escolta, advirtiendo la fila de pequeñas portas redondas, rodas cerradas con rodelas de cobre como los ojos de los difuntos en sus féretros, la puerta de la cámara antes comunicada con la galería (adonde iban a abrirse las portas antaño) y ahora calafateada y tan sólidamente sujeta como la tapa de un sarcófago, con el panel, el umbral y las jambas barnizados con un alquitrán negro purpúreo; cuando evocó los tiempos en que en esa amara y sobre su balcón habrían resonado las voces de los oficiales del rey de España, mientras las hijas de los virreyes de Lima permanecían asomadas, tal vez, en aquel mismo lugar donde ahora se encontraba; cuando esas y otras imágenes flotaban en su mente, igual que la ráfaga en el aire tranquilo, sintió crecer en él esa inquietud ensoñada que un hombre solo en la pradera comienza a experimentar frente a la inmovilidad del mediodía.

Se apoyó en la balaustrada esculpida, volviendo de nuevo la vista hacia la ballenera, pero sus ojos advirtieron entonces la cinta de yerbas marinas que se movía a lo largo de la línea de flotación del navío, tan rígida como el reborde de un arriate, y sobre los parterres de algas, cuyos, grandes óvalos o medias lunas flotaban acá y allá, separados por largas avenidas solemnes que traspasaban las terrazas de las olas y se encorvaban como pata conducir hasta grutas ocultas. Dominando todo aquel panorama, la balaustrada en que se apoyaba su brazo, a intervalos manchada de pez y otras veces realzada por el musgo, parecía como el vestigio carbonizado de un cenador emplazado en un espléndido parque abandonado desde mucho antes de su propia ruina.

A fuerza de intentar romper un encantamiento, otra vez se encontraba como hechizado. Por más que viajara por el ancho mar, tenía la impresión de hallarse en algún lugar muy distante,

tierra adentro, como prisionero en un castillo abandonado desde el que su mirada avizorara regiones desiertas y rutas indeterminadas que ningún vehículo, ningún transeúnte animaba con su presencia.

Sin embargo, estos encantamientos se disiparon un tanto cuando su mirada tropezó en las oxidadas mesas de guarnición. De estilo arcaico, con sus eslabones, argollas y pernos macizos y enmohecidos, parecían todavía más conformes con la actual función que el barco desempeñaba, que con la que en un principio les había sido señalada.

En aquel instante creyó ver que alguna cosa se movía cerca de las cadenas. Se restregó los ojos y miró con fijeza. En la jungla de aparejos que las rodeaban, observó, oculto detrás de un gran obenque como un indio al acecho tras un nogal de América, a un marinero español con un pasador en la mano. El hombre hizo un amago de querer dirigirse hacia el balcón aquel, pero seguidamente, igual que si lo hubiera alarmado un rumor de pasos sobre la cubierta, se esfumó en las profundidades de la selva de cáñamo, cual un cazador furtivo.

¿Qué significaba aquello? El hombre había intentado comunicarle alguna cosa sin que nadie pudiera advertirlo, ni siquiera su propio capitán. ¿Sería tal vez desfavorable para don Benito aquel secreto? ¿Iban a confirmarse sus primeras sospechas? ¿O bien, en su inquietud actual, interpretaba como un gesto significativo lo que quizás no había sido más que un movimiento del todo involuntario exigido por la tarea que aquel individuo estaba realizando?

No sin desconcierto, volvió a buscar con la mirada la ballenera, pero la descubrió momentáneamente oculta por un saliente rocoso de la isla. Al inclinarse hacia delante con cierto ímpetu, acechando el instante en que otra vez apareciera su proa, la balaustrada cedió bajo su peso lo mismo que carbón de leña. De no haberse cogido a una jarcia puesta a su alcance, hubiera caído

al mar. El crujido, aunque débil, y la caída, más bien sorda, de los trozos podridos, debían de haberse oído, Alzó la vista. Uno

de los viejos de la estopa, que se había deslizado desde su lugar hasta un botalón de popa, lo contemplaba desde su altura con una moderada curiosidad, mientras que por debajo del viejo negro, e invisible a sus ojos, aparecía de nuevo el marinero español, el cual, situado en una porta, echaba una mirada inquisitiva igual que un zorro desde el orificio de su madriguera. Cierto matiz en la expresión del hombre suscitó de pronto en el capitán Delano la idea insensata de que la indisposición alegada por don Benito, al retirarse de la cubierta, sólo era un pretexto, que este último estaba proyectando algún complot del que había tenido noticia el marinero y contra el cual trataba éste de poner en guardia al forastero, tal vez en señal de gratitud por alguna benévola expresión del americano pronunciada al subir a bordo. ¿Era para prevenir una intervención así, por lo que don Benito había dado antes tan malos informes sobre sus marineros, a la vez que enaltecía a los negros, siendo que los primeros parecían en verdad tan dóciles y los negros se mostraban tan turbulentos? Además, los blancos eran por naturaleza los más agudos. Cualquier hombre que tramara algún proyecto maligno, ¿no se sentiría naturalmente inducido a elogiar la estupidez incapaz de intuir su propia depravación y a denigrar una inteligencia demasiado perspicaz? Tal vez no fuera improbable. Pero, si los blancos tenían conocimiento de las fechorías secretas que corrían a cuenta de don Benito, ¿podría estar éste entonces en convivencia con los negros? No, pues parecían éstos demasiado estúpidos. Aparte de esto, ¿quién ha oído hablar en alguna ocasión de un blanco tan renegado que se aliara con los negros para combatir su propia raza? Estos enigmas le recordaron las dudas que había tenido antes. Perdido en su laberinto, el capitán Delano, que otra vez había ganado la cubierta, avanzaba sobre las planchas con paso intranquilo, cuando observó un nuevo rostro, el de un viejo marinero sentado, con las piernas entrecruzadas, junto a la escotilla mayor. Tenía la piel surcada de arrugas como la bolsa vacía de un pelícano, ensortijado el pelo, grave y serio el continente. Sus manos estaban llenas de jarcias, con las que formaba

un gran nudo, y varios negros lo rodeaban, sumergiendo aquí allá, dócilmente, los cordones, según lo exigiera aquella labor

El capitán Delano cruzó la cubierta en dirección del marinero y se quedó frente a él en silencio, con la mirada fija en nudo, saltando su mente, mediante una transición bastante natural, desde el enredo de sus pensamientos al del cáñamo. Nunca había visto él un nudo tan embrollado sobre un navío americano,, ni en ningún otro. Parecía estar constituido por la combinación de un doble nudo de bolina, un triple barrilete, un as de guía, un nudo de trinca y un ahorcaperros doble.

Al fin, incapaz de comprender el significado de aquella clase de nudo, el capitán Delano preguntó al anudador:

—¿Qué anudas tú ahí, amigo mío?

—El nudo —respondió brevemente el marinero, sin alzar siquiera la vista.

—Ya lo veo, pero ¿con qué destino?

—Para que otro lo deshaga —murmuró el viejo, poniéndose otra vez a mover los dedos, ya casi acabado el trabajo.

De pronto, mientras el capitán Delano estaba observándolo, le alargó el nudo y le dijo, en un inglés entrecortado —el primero que oía a bordo— algo así como:

—Desenrédelo; corte, de prisa.

Esto fue dicho en voz muy baja y de un modo tan rápido y condensado, que las largas palabras españolas que lo habían precedido y las que siguieron pretendían disimular del todo las breves sílabas inglesas.

Durante un instante, con un nudo en la mano y otro en la cabeza, el capitán Delano permaneció mudo, en tanto que el anciano, sin volver a ocuparse de él, se inclinaba sobre otras jarcias. No obstante, oyó un ligero ruido y, al volverse, se encontró en presencia del negro encadenado, Atufal, el cual se hallaba tranquilamente a sus espaldas. Casi de inmediato el viejo marinero se levantó rezongando y, seguido de sus auxiliares negros, se dirigió hacia la proa del barco, donde desapareció entre el gentío.

Un negro ya entrado en años, con una vestimenta infantil, el pelo abigarrado y cierto aire de apoderado, se dirigió hacia el capitán Delano. En un español pasable y tras hacerle un guiño benévolo y comprensivo, le informó que el viejo forjador de nudos era tonto, aunque inofensivo, y a menudo le gustaba gastar bromas. El negro concluyó pidiéndole el nudo, pues seguramente de poco iba a servirle al visitante. Le fue entregado distraídamente. El negro lo recibió con una especie de saludo y. poniéndose de espaldas, comenzó a fisgonear en las vueltas como un agente de aduanas en busca de encajes de contrabando. Bien pronto, empleando una palabra africana, arrojo el nudo por la borda.

‘‘Todo esto resulta muy extraño “, pensó el capitán Delano, con una emoción que tenía algo de náusea; pero , lo mismo que uno que empieza a sentir los primeros síntomas del mareo, trató de librarse de ella negando sus efectos. De nuevo buscó con la mirada la ballenera que se aproximaba. Con gran satisfacción comprobó que tras haber dejado atrás el saliente rocoso que la había ocultado, estaba ya a la vista.

No sólo esta aparición alivió desde un principio su malestar, sino que también, demostrando poseer una inesperada eficacia, lo disipó por completo. La visión de la tan familiar ballenera, cuyos contornos, no difuminados ya por la niebla, aparecían claramente definidos, de suerte que su individualidad aparecía tan nítidamente dibujada como la de un ser humano; aquella ballenera —la “Errante”, para darle su nombre—, aunque ahora se hallaba en aguas extrañas, a menudo había tocado la playa donde se alzaba la casa del capitán Delano y había sido transportada hasta el mismo umbral de la puerta, donde se la había visto varada como si fuera un perro de Terranova; la visión de aquella ballenera tan familiar, evocó en el capitán mil asociaciones tranquilizadoras que, por contraste con sus anteriores sospechas, lo colmaron de una despreocupada confianza y le incitaron incluso a censurarse, entre burlas y veras, por los recelos que había experimentado.

“¿Cómo podía yo, Amasa Delano, “Jack de la Playa”, Como me llamaban siendo muchacho el que con la cartera en la mano iba chapoteando por la orilla camino de la escuela, una escuela improvisada en un viejo pontón: yo, el pequeño “Jack de la Playa”, que me iba a buscar moras con el primo Nat y los demás, iba a ser aquí asesinado, casi en el fin del mundo, por un horrible español y a bordo de un barco pirata encantado? Es demasiado absurdo para considerarlo. ¿Quién iría a asesinar a Amasa Delano? Su conciencia bien limpia está. Alguien existe ahí arriba. ¡Ea, ea; buen ánimo, “Jack de la Playa”! En verdad, eres un niño. Sí, un niño en la segunda niñez, viejo compañero. Ya temo que comiences a divagar y a chochear, amigo.”

Cuando marchaba, con corazón y pies ligeros, hacia popa, lo abordó el criado de don Benito Cereno, cuya grata expresión armonizaba con los actuales sentimientos del capitán. El negro le informó que su amo, restablecido del ataque de tos, quería cumplimentar a su buen visitante, don Amasa, y comunicarle que pronto tendría el placer de hallarse a su lado.

“¿Qué vas a decir ahora? —pensó el capitán Delano, mientras recorría aquella parte de popa—. ¡Qué asno soy! A este excelente caballero, que ahora me remite sus buenos deseos, lo veía yo, hace apenas diez minutos, con una linterna sorda en la mano, dando vueltas a una vieja muela de afilar, en la bodega, aguzando con malévola intención un hacha destinada a aniquilarme. Pues sí: estas prolongadas calmas ejercen un maligno influjo sobre mi mente, como ya he oído decir en otras ocasiones, sin acabar de creerlo. ¡Ah! —exclamó para su coleto, lanzando una mirada hacia la ballenera—, ahí está ese fiel perro, la “Errante”, con un hueso blanco en la boca. Sin embargo, me parece que; para él, el hueso es demasiado grande... ¿Qué? ¿No estará atrapada por los remolinos de la resaca, que ahora la arrastra en sentido contrario? Tengamos paciencia.”

Era entonces aproximadamente el mediodía, aunque, por el matiz gris que todo lo impregnaba, parecía que se acercaba el atardecer.

La calma se confirmó. A lo lejos, libre del influjo de tierra, el océano, de color plomizo, parecía lastrado y postrado, extinguida su vida, ausente el alma, difunto ya. Pero la corriente costera en que estaba inmersa la embarcación iba cobrando mayor tuerza, arrastrándola en silencio cada vez más lejos, hacia las aguas quietas de mar adentro.

Sin embargo, el capitán Delano, que conocía ésos parajes, no había perdido aún la esperanza de ver una brisa, una brisa incluso fresca e impetuosa, levantarse de un momento a otro: a pesar de las perspectivas y de la hora, se jactaba animosamente de lograr que el “Santo Domingo” fondeara en lugar seguro antes de anochecer. La distancia perdida nada significaba, pues con un buen viento recobraría el barco, con diez minutos a la vela, más de sesenta minutos de deriva. Ya volviéndose hacia la “Errante”~ a la que veía luchando contra la bajamar, ya acechando la llegada de don Benito, siguió en su paseo por la toldilla delano al otro extremo.

Gradualmente, el retraso de la ballenera fue inspirándole cierta inquietud. Tal sentimiento pronto se convirtió en un claro malestar, y por fin, su mirada, que recaía de continuo, igual que desde un palco a la platea, en la extraña muchedumbre que se agitaba delante y por debajo de él, consiguió reconocer en medio de ella el rostro, ahora teñido de indiferencia, del marinero español que había intentado hacerle señas desde las guarniciones de mesana, con lo que volvieron a apoderarse de él sus antiguas inquietudes.

“¡Ah! —pensó, bastante seriamente—. Esto es igual que la fiebre: el que haya pasado su principal acceso no quiere decir que no pueda volver.”

Aunque avergonzado por esta recaída, no logró esquivarla del todo, aunque, recurriendo a toda su confianza natural, llegó insensiblemente a lograr una fórmula de compromiso.

“Sí, es un barco bien extraño, con una historia que también lo es, y unos pasajeros a los que les ocurre otro tanto. Pero... nada más.”

Con el fin de impedir que errara su mente hasta la llegada de la ballenera, intentó tenerla ocupada reconsiderando, de una manera puramente especulativa, algunas de las peculiaridades menos importantes del capitán y la tripulación del barco. Entre otros, cuatro hechos singulares le volvieron a la memoria.

En primer lugar, la cuestión del grumete español a golpes de navaja por un esclavo en presencia de don benito, Luego, la forma tiránica en que don Benito trataba al Atufal, igual que si éste fuera un toro del Nilo que un niño condujera por un anillo atravesado en la nariz. Tercero, el marinero pisoteado por los dos negros, insolencia que no dio lugar a ninguna reprimenda. En cuarto lugar, la sumisión tan humillante que, con respecto a su amo, mostraban los subordinados del barco, los negros principalmente, como si tuvieran miedo de provocar su despótico enojo a la más pequeña muestra de descuido. Estos hechos, comparados unos con otros, parecían un tanto contradictorios. “Pero ¿qué se puede deducir de ellos?

—reflexionó el capitán Delano, echando una mirada a la ballenera; que iba ganando terreno—. ¿Cuál será la clave? Pues sí:

este don Benito es un capitán bien caprichoso. Pero no es el primero de su especie con que me he encontrado, aunque debo confesar que aventaja a todos los otros. Por otro lado, ¡vaya extraña nación la que forman estos españoles! —prosiguió en medio de sus divagaciones—. Hasta la palabra “español" parece evocar, por su sonido, la figura de un conspirador, un conspirador a lo Guy-Fawkish. Y, sin embargo, en conjunto, los españoles deben de ser gente tan honrada como la de Duxbury, en Massachusetts. ¡Ah, por fin! Ahí está la “Errante”.”

Mientras la ballenera y su bienvenida carga se acercaban al barco, los de la estopa, con gestos venerables, se esforzaban por contener a los negros, los cuales, a la vista de tres pipas de agua depositadas en cercos metálicos en el fondo de la embarcación, y de una pila de calabazas secas colocada en la proa, se inclinaban sobre la borda en medio de un desordenado jolgorio.

Fue entonces cuando apareció don Benito con su criado, tal vez apresuraba su llegada dado el tumulto reinante. El capitán Delano le pidió permiso para distribuir él mismo el agua, a fin de que todos tuvieran igual porción y no les dañara el beberla en exceso. Sin embargo, este ofrecimiento tan sensato y tan respetuoso hacia don Benito, fue acogido con cierta impaciencia, como si este último, consciente de que carecía de la energía propia de un jefe y alimentando en su interior los celos de la debilidad, juzgara cualquier intervención ajena como una ofensa. Por lo menos, así fue como lo juzgó el capitán Delano.

Un instante después, al ser izadas a bordo las pipas, algunos negros, en su precipitación, empujaron accidentalmente al capitán Delano, que se había situado junto al portalón. Sin pensar en don Benito, y cediendo al impulso del momento, aquél ordenó a los negros que retrocedieran, en un tono de benévola autoridad, recurriendo para reforzar sus palabras, a un gesto medio divertido y medio amenazador. Al instante se detuvieron los negros en el lugar preciso en que se encontraban, y cada negro y cada negra se quedó inmovilizado en la postura en que la orden los había sorprendido. Así permanecieron por espacio de unos segundos, mientras una palabra desconocida corría de uno a otro entre los de la estopa, encaramados en sus puestos, igual que entre los sucesivos postes del telégrafo. La atención del capitán Delano estaba absorbida por esta escena, cuando los pulidores de hachas se irguieron de pronto a medias y don Benito lanzó un grito.

Creyendo que iba a ser asesinado por la señal del español, el capitán Delano se disponía a saltar a su ballenera, cuando los de la estopa, saltando por entre la multitud dando gritos que obligaron a retroceder a negros y blancos, los exhortaron con gestos amistosos y familiares, casi joviales, a que no hicieran el tonto. Simultáneamente, los pulidores de hachas retornaron pacíficamente a sus puestos, igual que si fueran sastres, y en seguida, como si nada hubiera ocurrido, prosiguió la tarea de izar las pipas, mientras negros y blancos cantaban durante la maniobra.

El capitán Delano miró de reojo a don Benito. Cuando vio al inválido esquelético recuperando gradualmente los sentidos en brazos del criado, a los que una vez más lo había arrojado

congoja, no pudo menos de extrañarse del pánico que repentinamente se había apoderado de él. ¿Cómo podía haber creído que aquel capitán, que, como habíase visto, perdía todo dominio de sí mismo ante un incidente tan trivial, hubiera estado pinito de perpetrar su asesinato con tan enérgica iniquidad?

Una vez sobre cubierta las pipas de agua, el capitán Delano recibió cierto número de jarras y vasos de manos de uno de ayudantes del encargado de los víveres, quien en nombre de Benito le rogó que distribuyera el agua tal como lo había pro. puesto. Lo hizo, dando muestra de una republicana imparcialidad (con ese elemento republicano que busca siempre un igual para .todo). Sirvió, pues, lo mismo al más joven de negros que al más anciano de los blancos, con excepción, no obstante, del pobre don Benito, cuyo estado, si no el rango, re quería una ración suplementaria. Fue a él, en primer lugar, quien el capitán Delanó ofreció el líquido, en apreciable cantidad, pero, cualquiera que fuera su deseo de probar aquella agua, don Benito no bebió un solo trago sin antes inclinarse va- varias veces y con toda solemnidad ante su visitante; intercambie de cortesías que los africanos, aficionados a todo espectáculo, aprobaron con aplausos.

Dos de las calabazas menos resecas se reservaron para la mesa del capitán y el resto se repartió en trozos, al momento, para regocijo general. En cuanto al pan tierno, el azúcar y la sidra embotellada, el capitán Delano hubiera querido distribuirlos tan sólo entre los españoles, destinándolos antes que nadie a don Benito, pero éste rechazó tal obsequio con un desinterés que complació no poco al americano. Por ende se repartieron porciones iguales entre blancos y negros, excepto una botella de sidra que, a instancias de Babo, el criado, se reservó para su amo.

Puede observarse aquí que, lo mismo que la vez anterior,

no había permitido el americano que los suyos subieran a bordo, con el fin de no acrecentar la confusión que dominaba en cubierta.

Sensible a la influencia del buen humor general, y relegan - do por el momento todo pensamiento que no fuera benévolo, el capitán Delano, al que recientes indicios hacían suponer que soplaría una brisa al término de una o dos horas, ordenó a los de la ballenera que regresaran a su barco, con el encargo de que todos los hombres se dedicaran a trasladar pipas a la fuente para llenarlas. Además, hizo prevenir a su piloto para que no sufriera inquietud alguna en el caso de que, contra lo que esperaba, no hubiera fondeado el barco a la puesta del sol, pues, en previsión de que habría luna llena esa noche, él, el capitán Delano, permanecería a bordo dispuesto a desempeñar el papel de piloto en el caso de que comenzase a soplar el viento más o menos tarde.

Los dos capitanes observaban la partida de la ballenera—mientras el criado frotaba en silencio una mancha que acababa de observar en la manga de terciopelo de su amo—, entonces el americano se lamentó de que el “Santo Domingo” no llevara ninguna lancha o, al menos, otra fuera del viejo casco inservible de la ballenera. Tan alabeado como un esqueleto de camello extraviado en el desierto y casi tan blanquecino, yacía ahora boca abajo, vuelto como una olla, aunque ligeramente levantado en un lado, formando así un antro subterráneo en el que había grupos familiares de negros sobre todo mujeres y pequeñas criaturas, en cuclillas sobre viejos jergones o encaramados en lo alto del oscuro domo, en los alzados bancos, igual que un círculo social de murciélagos refugiados en alguna acogedora gruta. Alrededor, chiquillos de tres o cuatro años, desnudos todos, salían correteando de la caverna o se introducían en ella, como enjambres color ébano.

—Si tuviera tres o cuatro lanchas, don Benito —dijo el capitán Delano—, creo que, dándole a los remos vuestros negros,

podrían ayudar un poco. ¿Dejó usted el puerto sin lanchas, don Benito?

—Se nos perdieron en las galernas, señor.

—Malo es eso. Y a la vez perdisteis muchos hombres. Lanchas y hombres. Debieron ser muy fuertes galernas, don Be nito.

—Más fuertes de lo que se pueda imaginar —respondió estremeciéndose el español.

—Dígame, don Benito —continuó su interlocutor, con mayor interés—, dígame: esas galernas, ¿os sorprendieron después de haber doblado el Cabo de Hornos?

—¿El Cabo de Hornos? ¿Quién ha hablado del Cabo Hornos?

—Usted mismo, al describirme su viaje —contestó el capitán Delano, muy extrañado de ver al español comerse, suele decirse, sus propias palabras, aun cuando siempre pareciera estar a punto de devorarse su propio corazón—; usted mismo, don Benito, habló del Cabo de Hornos —añadió con insistencia.

El español se volvió e, inclinándose hacia delante, permaneció un rato en la actitud de quien se dispone a cambiar, mediante un chapuzón, el elemento aéreo por el acuoso.

En ese instante, un grumete blanco pasó corriendo cerca ellos para dar cumplimiento regular a su oficio de ir hacia proa, al lugar de la tripulación, para señalar, tocando la gran campana del barco, la última media hora, según el reloj de la cámara.

—Amo... —dijo Babo, dejando de frotar la manga del traje y dirigiéndose al español, perdido éste en sus ensueños, con la tímida cautela de quien está encargado de una obligación y prevé que al cumplirla estorbará a la persona que la ha impuesto y en cuyo beneficio se realiza—; amo, me ha dicho que le recordara siempre, puntualmente, la hora del afeitado, sin preocuparme del lugar donde se hallare, ni de lo que estuviere haciendo. Miguel ha ido a tocar las doce y media. Ya es hora, amo. ¿Quiere el amo venirse a la tilla?

—Ah... sí —respondió el español, estremeciéndose como sí despertara de un sueño y volviera a la realidad. Luego, volviéndose hacia el capitán Delano, le aseguró que reanudarían más tarde su conversación.

—Si el amo quiere hablar con don Amasa —dijo el criado—, ¿por qué no invita al señor a sentarse junto a él en la tilia? Así, el amo hablará y don Amasa lo escuchará, mientras Babo le enjabona y le afeita.

—Sí —dijo el capitán Delano, a quien tan sociable plan no desagradó—Sí, don Benito: si no tiene inconveniente, yo lo acompañaré.

—Que así sea, señor.

Cuando los tres hombres se dirigían a popa, el americano no pudo dejar de considerar que la puntualidad poco corriente con que su anfitrión se hacía afeitar a media jornada constituía otra rara muestra de su carácter atrabiliario. Pero se le ocurrió pensar entonces que tal vez la ansiosa fidelidad del criado no fuera del todo extraña al asunto, sobre todo cuando la interrupción redimía oportunamente a su amo de la crisis melancólica en que había estado a punto de caer.

El lugar que llamaba la tilla era una luminosa cámara que se había ‘dispuesto en la cubierta de popa y formaba una especie de buhardilla sobre la cámara grande. Parte de ella había sido reservada para el alojamiento de los oficiales, pero tras su desaparición habíanse derribado los tabiques para convertir todo el interior en una pieza única, suerte de vestíbulo o salón marino espacioso y aireado. Por la ausencia de mobiliario noble y por el pintoresco caos de diversos objetos, esa tilla parecía el vasto y encumbrado salón de algún hidalgo rústico, excéntrico y célibe, que colgara de unas cornamentas de ciervo su chaqueta de cazador y su bolsa de tabaco, que en el mismo rincón guardara su caña de pescar, las tenacillas para la lumbre y el bastón.

Acentuaba esta semejanza, si no la sugería desde un principio, la perspectiva que brindaba sobre el mar que en ciertos as-

pectos hacen que el campo y el océano sean como primos hermanos.

El suelo de la tilia estaba cubierto por una estera. En la pared, cuatro o cinco mosquetes viejos colgaban de unas ranuras horizontales que corrían a lo largo de las vigas. Una antigua mesa con patas de garras estaba sujeta a la cubierta, encima un gastado misal; y sobre el tablero, colgado de la pared, pobre y pequeño crucifijo. Debajo de la mesa, unos cuantos cuchillos torcidos y un arpón mellado yacían entre viejas y melancólicas jarcias que parecían cordones de frailes mendicantes Había también dos sillones de caña de Malaca, alargados, angulosos, ennegrecidos por el paso del tiempo y de apariencia incómoda como potros inquisitoriales, además de un gran sillón informe de tosco respaldo y asiento de barbero movido a tornillo que parecía un grotesco instrumento de tortura medieval. una esquina, un cajón de banderas dejaba entrever un montón de estameñas de colores, unas enrolladas, otras medio desdobla das, y otras incluso titadas por el suelo. Enfrente se alzaba desmesurado lavabo de caoba negra, todo de una pieza, que su única pata parecía una pila bautismal, y tenía a un lado un estante con peines, brochas y otros útiles de aseo. Una hamaca rafia teñida, rota, se balanceaba cerca: tenía las sábanas desordenadas y la almohada tan arrugada como la frente fruncida de alguien que, durmiendo en ella, hubiera padecido una pesadilla alternada por tristes ideas y sucesos ingratos.

El lado opuesto de la tilia, que dominaba la popa del barco, tenía tres aberturas: portañuelas y portas por las que podían aparecer rostros humanos o cañones. En ese instante no había hombres ni cañones pero enormes argollas de tornillo y herrajes del maderamen, llenos de orín que evocaban piezas antiguas.

dijo:

Al entrar, el capitán Delano echó una mirada a la hamaca y

—¿Duerme usted aquí. don Benito?

—Sí, señor, desde que reina el buen tiempo.

—Este lugar, don Benito, parece una especie de dormitorio, salón, taller develas, armería, capilla y cuarto de trabajo, todo a la vez —agregó el capitán Delano, mirando a su alrededor.

—Sí, señor, los acontecimientos no me han permitido poner orden en mi alojamiento.

Entonces el criado, con un paño al brazo, indicó con un gesto que esperaba las órdenes de su amo. Habiéndole advertido don Benito que estaba dispuesto, Babo lo invitó a sentarse en el sillón de caña de Malaca, colocó frente a él un canapé, para comodidad del huésped, y comenzó luego su tarea echando atrás el cuello de su amo y aflojándole la corbata.

Hay algo peculiar en el hombre negro que lo hace particularmente apto para el papel de doméstico consagrado a servir. La mayoría de los negros son ayudas de cámara y peluqueros de vocación, manejan el peine y la brocha tan espontáneamente como las castañuelas y lo hacen, en apariencia, con igual satisfacción. Además, en el cumplimiento de estas funciones ponen un tacto suave y una singular presteza, callada y graciosa, muy grata a quien la observa y aún más para quien la disfruta. Finalmente, por encima de todo, poseen privilegio del buen humor. En este caso, no se trataba de risas ni de expresiones risueñas, que hubieran parecido poco adecuadas, sino de cierta fácil jovialidad de cada mirada y cada gesto, como si Dios hubiera donado al negro una dulce armonía.

Si a todo ello se suma esa docilidad que brota de la dulzura de un espíritu limitado y sin aspiraciones, y esa disposición al ciego afecto que caracteriza a veces a los seres cuya situación de inferioridad no se presta a discusión alguna, fácil será comprender por qué aquellos hipocondríacos de Johnson y de Byron —y tal vez otro hipocondríaco, Benito Cereno, no muy distinto a ellos— cobraron tan grande afecto, con exclusión casi absoluta de la raza blanca, por sus sirvientes negros Barber y Flercher. Pero, si hay algo en el negro que desarma a los espíritus cínicos o morbosamente amargados, ¿qué buenos sentimientos despierta

cuando se encuentra ante una persona benévola? Ahora bien, cuando las circunstancias externas no lo inquietaban, el capitán Delano sumaba su buena voluntad natural, los rasgos de la familiaridad y el buen humor: Sentado a la puerta de su casa, menudo se había entretenido observando la conducta hombre de color —algún liberto— en su labor o en sus Si en alguno de sus viajes tenía, por azar, bajo sus órdenes a algún marinero negro, invariablemente establecía con él una relación locuaz y amena. En realidad, como la mayor parte de hombres dotados de un corazón alegre y bondadoso, el capitán Delano se encariñaba con los negros no por filantropía, sino temperamento, como les ocurre a otros con los perros de Terranova.

Hasta aquel momento, esta tendencia suya había quedado reprimida por las condiciones en que había encontrado “Santo Domingo”. Pero una vez en la tilla, liberado de su anterior malestar, sintiéndose más sociable que en cualquier momento de aquel día, al ver a aquel criado negro tan solicito con su amo y desempeñando, con el paño al brazo, una función tan familiar como es la de un barbero, renació en él su antigua debilidad por los negros.

Entre otras cosas, le divirtió aquella afición africana por colores vivos y los decorados, de la que el negro brindó un singular ejemplo al extraer del cajón de las banderas un pedazo de estameña multicolor que, a guisa de delantal, plegó minuciosa mente bajo la barbilla de su amo.

Los españoles tienen una manera de afeitarse que difiere ligeramente de la de otros países. Suelen utilizar una jofaina, llamada bacía de barbero. Hendida de un lado, encaja en ella perfectamente la barbilla que se apoya en la escotadura al enjabonarse. Esta operación no se efectúa con la ayuda de una brocha, sino con el jabón empapado en el agua de la jofaina y frotado contra la cara.

Ahora se recurrió, a falta de algo mejor, al agua salada, en-

jabonándose tan sólo el labio superior y la parte inferior de la garganta, a fin de dejar a salvo la cuidada barba.

Esos preliminares eran un tanto nuevos para el capitán Delano por lo que los observó con curiosidad, de suerte que no hubo ningún intercambio de palabras, tampoco don Benito parecía dispuesto por el momento a reanudar la conversación.

Depositando su jofaina, el negro rebuscó entre las navajas como queriendo elegir la más afilada y, una vez localizada agudizó todavía más su hoja, pasándosela con gesto experimentado por la piel firme, suave y grasienta de la palma de su mano izquierda. Hizo entonces el gesto de ir a comenzar su tarea, pero se detuvo un instante a medio camino, sosteniendo con una mano la navaja levantada y manejándose con la otra profesional-mente entre las burbujas de jabón que se habían formado sobre el cuello enjuto del español. La visión del acero, tan brillante y tan próximo, no dejó insensible a don Benito que se estremeció nerviosamente acrecida su lividez habitual por el jabón, cuya blancura contrastaba intensamente con la piel del negro. Toda la escena tenía algo de extraño, al menos para el capitán Delano; al ver la postura de los dos hombres no pudo rechazar la absurda idea de que quizás el negro fuera un verdugo y el blanco un hombre con la cabeza sobre el rajo. Pero esa era, seguramente, uno de esos fantasmas caprichosos que aparecen y se desvanecen en un guiñar de ojos, y de los que ni la mente más ordenada sabría preservarse.

Sin embargo, el español, en su agitación, había dejado un tanto suelta la estameña que lo envolvía, y un ancho pliegue se desplegó como un telón hasta el suelo desde el brazo del sillón, haciendo resaltar, entre una profusión de bandas heráldicas y campos de color —negro, azul y amarillo—, un castillo sobre fondo rojo vivo situado en diagonal con un león rampante sobre campo blanco.

—¡El castillo y el león! —exclamó el capitán Delano—. Pero, don Benito, usted se sirve de la bandera española. Suerte tiene de que sea yo, y no el rey, quien lo vea —añadió, con una

sonrisa—. Aunque —dijo luego, volviéndose al negro— da mismo supongo yo, con tal de que los colores sean alegres observación divertida que no dejó de agradar a aquel a quien dirigida.

—Vamos, amo —dijo éste, colocando bien la bandera reclinando suavemente la cabeza de don Benito hacia atrás sobre el respaldo del sillón—, vamos, amo.

y el acero brilló cerca de la garganta. Otra vez se estremeció don Benito ligeramente.

—No hay que temblar así, amo. Vea usted, don Amasa, amo tiembla siempre cuando yo le afeito. Y, sin embargo, amo sabe bien que nunca le he hecho ningún corre, aunque

puede suceder cualquier día, si el amo tiembla de esta forma, Vamos, amo —prosiguió-—. Y ahora, don Amasa, sí os

volver a hablar de la galerna y de todo lo demás, el amo os podrá escuchar, y de vez en cuando os dará su respuesta.

—¡Ah, sí, esas galernas! —dijo el capitán Delano—. No obstante, don Benito, cuanto más pienso en su travesía, más me sorprendo, no de las galernas, por más horribles que fueran, sino del intervalo desastroso posterior. Pues, según su propio relato, más de dos meses ha necesitado usted para recorrer desde el Cabo de Hornos a Santa María, distancia que yo mismo he realizado, con viento favorable, en muy pocos días. Cierto es que ha tenido calmas, y calmas bien prolongadas, pero es cosa inusitada, al menos, haberse quedado inmovilizado durante dos meses. A fe mía, don Benito, que si otro me hubiera hecho semejante relato, me habría sentido casi tentado a no darle crédito.

Una expresión involuntaria cruzó el rostro del español parecida a la de la cubierta un instante antes, y, ya fuera por una sacudida suya, por un súbito movimiento del casco en la calma, o por una momentánea torpeza del criado, lo cierto es que en aquel preciso instante la sangre brotó bajo la navaja y unas gotas mancharon la espuma cremosa que cubría la garganta. Inmediatamente, el barbero negro retiró el acero y, manteniendo su actitud profesional, de cara a don Benito y de espaldas al capitán

Delano, sostuvo en el aire la navaja gotean te y con un tono entre cómico y compungido dijo:

—¡Amo, cómo tiembla! Es la primera herida que le hace Babo.

Ni una espada desenvainada ante Jacobo 1 de Inglaterra, ningún asesinato perpetrado en presencia de aquel tímido monarca, hubiera imprimido en un rostro mayor terror, del que mostraba el de don Benito.

“¡Pobre hombre! —pensó el capitán Delano—, es tan nervioso, que ni siquiera puede soportar la vista de un corte de navaja y este hombre, deshecho y enfermo, ¿cómo he podido imaginar que deseara verter toda mi sangre cuando resulta que no puede ver correr una gotita de la suya? En verdad, Amasa Delano, no estás hoy en sus cabales. Mejor será que no se lo cuentes a nadie cuando estés de vuelta en casa, imaginativo Amasa. ¿Qué aspecto tiene de asesino? Más bien parece un hombre al que van a destrozar. Vamos, vamos; la experiencia de este día me servirá de lección.”~

Mientras corrían estos pensamientos por la cabeza del honrado marinero, el criado tomó el paño que tenía sobre el brazo y dijo a don Benito:

—Responda ahora, amo, a don Amasa, mientras limpio la navaja de esas feas manchas y la vuelvo a afilar.

Al pronunciar estas palabras, la expresión de su rostro, vuelto a medias y visible a la vez para el español y el americano, parecía sugerir que, animando a su amo a proseguir la conversación, deseaba desviar oportunamente su atención del molesto incidente que acababa de tener lugar. Contento, al parecer, del respiro que se le brindaba, don Benito reanudó su relato. Informó al capitán Delano de que no sólo las calmas habían sido de una duración excepcional, sino que el barco había dado de contrapuestas corrientes y refirió otras circunstancias, algunas de las cuales no eran sino la repetición de anteriores declaraciones, para explicar cómo pudo ser que la travesía del Cabo de Hornos a Santa Maria se prolongase tan excesivamente. Todo esto lo dijo

entremezclando, de cuando en cuando, elogios menos moderados que antes sobre la buena conducta observada por los negros en general.

Estos pormenores no fueron transmitidos de corrido, pues el criado escogía los momentos oportunos para manejar su navaja, y así, entre los intervalos del afeitado, el relato y el panegírico proseguían curiosamente entrecortados.

A los ojos del capitán Delano, cuya imaginación volvía a recobrar sus fueros, había algo tan falaz en el español como en el silencio del criado; era como un misterioso comentario, y se le ocurrió pensar que ambos, con un propósito para él desconocido, estaban representando, con hechos y palabras (incluido el temblor que sacudía los miembros de don Benito), alguna farsa montada para él. La sospecha de complicidad no carecía, por otro lado, de base: las conversaciones en voz baja antes mencionadas. Pero, entonces, ¿cuál podía ser el objeto de esa farsa del barbero que le presentaban? Al fin, considerando esta idea como un absurdo sueño que el aspecto teatral de don Benito, con su ropa de Arlequín, le había quizá sugerido sin darse cuenta, el capitán Delano se apresuró a expulsaría de su mente.

Ya afeitada la barba, el criado se proveyó de un botellín de agua de olor, del cual echó algunas gotas sobre la cabeza del amo, frotando con tal diligencia, que la violencia del ejercicio le contrajo los músculos de la cara de una manera harto singular.

Tomó a continuación el peine, las tijeras y la escobilla que manejó conjuntamente sobre la cabeza, igualando un rizo, cortando algún sedicioso pelo de las patillas, imprimiendo un gracioso vuelo al mechón de la frente y colocando aquí y allá algunos improvisados toques que revelaban una mano maestra. Mientras don Benito soportaba todo con la resignación de que siempre se da pruebas en manos de un barbero, o, por lo menos, con mucho más calma que durante el afeitado. No obstante, estaba ahora tan pálido y rígido, que el negro parecía un escultor nubio poniendo punto final al busto de un blanco.

Al terminar, el negro retiró el estandarte español, lo dobló

y lo introdujo en el cajón de las banderas. Después sopló con su cálido aliento los pelos que habían quedado en el cuello de su amo, le reajustó la camisa y la corbata, y le quitó una hilacha de la solapa de terciopelo. Tras esto, retrocedió unos pasos y, deteniéndose con un gesto de discreta complacencia, el criado contempló un rato a su amo como si fuera una criatura modelada, al menos en. cuanto a su aseo, por sus expertas manos.

El capitán Delano le cumplimentó graciosamente por su labor, mientras felicitaba a don Benito.

Pero ni el agua perfumada, ni el enjabonado, ni las pruebas de fidelidad o de bondad que recibía desarrugaron el ceño del español, quien recayó-en su taciturna melancolía y permaneció en su asiento. Al ver esto, el capitán Delano, juzgando que su presencia no era deseable, se retiró con el pretexto de comprobar si, como había predicho, se notaban ya algunas señales de brisa.

Se dirigió hacia el palo mayor y permaneció quieto un instante reflexionando sobre la escena de la que había sido testigo, no sin abrigar ciertas sospechas poco concretas, cuando oyó un ruido que procedía de la tilia. Al volverse, vio al negro con una mano en la mejilla. El capitán Delano se- adelantó a su encuentro y advirtió que la mejilla sangraba. Estaba ya por preguntarle la causa, cuando un monólogo quejumbroso del negro le dio la clave;.

—¡Ah! ¿Cuándo sanará el amo de su dolencia? Es la enfermedad lo que le vuelve malo y le hace tratar a Babo de esta forma. ¡Cortar a Babo con la navaja porque Babo, sin quererlo, ha hecho al amo un pequeño arañazo, y eso por primera vez después de tanto tiempo! ¡Ah, ah! —decía, llevándose la mano a la cara.

“¿Es posible? —pensó el capitán Delano—. ¿Fue para descargar a solas todo su despecho hispano contra su pobre amigo, por lo que don Benito me ha incitado, con su aire taciturno, a retirarme? ¡Ah, cuántas malas pasiones despierta esta esclavitud entre los hombres! ¡Pobre muchacho!”

Estaba a punto de expresar su simpatía al negro, cuando éste regresó a la tilia con tímida repugnancia.

Pronto amo y criado aparecieron otra vez, el primero sosteniéndose sobre el segundo, como si nada hubiera pasado.

“Al fin y al cabo, no es más que una riña de enamorados”, pensó el capitán Delano. Se acercó a don Benito y ambos marcharon juntos. Apenas habían dado algunos pasos cuando el mayordomo —un enorme mulato con aires de rajá, ataviado a la manera oriental con un turbante en forma de pagoda hecho de tres o cuatro pañuelos de Madrás enrollados alrededor de la cabeza—, aproximándose con una reverencia, anunció que estaba servido el almuerzo en la cámara.

Los dos capitanes se pusieron en camino precedidos por el mulato, que se volvía, mientras andaba, con sonrisas y continuos saludos hasta hacerlos entrar en la cámara. Con ese despliegue de cortesía resaltaba todavía más la insignificancia del pequeño Babo, quien consciente al parecer de su inferioridad, y con la cabeza al descubierto, observaba de reojo al gentil mayordomo. Pero el capitán Delano atribuyó en parte esa celosa atención al sentimiento particular que el africano de pura sangre experimenta hacia los que no lo son. En cuanto al mayordomo, sus modales, aunque no evidenciaban mucha dignidad ni gran respeto de sí mismo, revelaban al menos su extremo afán de agradar, y su conducta era doblemente meritoria por su índole cristiana y mundana a la vez.

El capitán Delano notó con interés que, si bien la tez del mulato era híbrida, sus facciones eran europeas, clásicamente europeas.

—Don Benito —murmuró—, me alegro de ver a este chambelán de la vara de oro. Refuta, con su persona, una fea observación que en otro tiempo me hizo un plantador de Barbados: según él, cuando un mulato tiene cara de europeo hay que desconfiar de él, porque es un demonio. Pero véalo usted: las facciones de su mayordomo son más regulares que las del rey Jorge de Inglaterra y, sin embargo, ahí está, inclinando la cabeza,

saludando y sonriendo. Es como un rey, en verdad: el rey de los corazones bondadosos y las personas corteses. Y qué agradable es su voz, ¿verdad?

—Silo es, señor.

—Pero dígame: ¿se ha comportado siempre, desde que le conoció, como un honrado y digno muchacho? —preguntó el capitán Delano, deteniéndose, mientras el mayordomo desaparecía en la cámara con una genuflexión final—. El caso es que, por la razón que le acabo de decir, tengo gran curiosidad por saberlo.

—Francisco es un hombre honrado —respondió con pocas ganas don Benito, lo mismo que un flemático juez que no desea criticar ni elogiar con exceso.

—¡Ah, eso pensaba yo! Pues sería en verdad cosa extraña y poco halagüeña, para nosotros los blancos, que una porción de nuestra sangre, mezclada con la de los, africanos, en vez de mejorar su calidad, produjera el triste efecto de echar vitriolo en el caldo negro, mejorando tal vez el matiz del color, pero no su espíritu.

—Sin duda, sin duda, señor; pero —y aquí don Benito echó una mirada a Babo—, al margen de los negros, la observación de vuestro plantador la he oído yo aplicar a las mezclas de sangre española e india en nuestras provincias. Por otra parte, poco sé yo de este problema —agregó con descuido.

Penetraron entonces en la cámara.

El almuerzo fue, naturalmente, frugal: un poco del pescado fresco y de las calabazas del capitán Delano, de la galleta y la cecina, la botella de sidra que se había reservado y la última botella de vino de las Canarias del “Santo Domingo”.

Cuando entraron, Francisco, con la ayuda de dos o tres negros, se afanaba en torno a la mesa para darle los últimos toques. Ala vista de su amo, se retiraron, haciéndolo Francisco con un risueño saludo. Sin dignarse advertirlo, el español declaró a su compañero, con un refinamiento aburrido, que no le gustaba rodearse de un servicio innecesario.

Sin otros comensales, el anfitrión y el huésped se sentaron a los dos extremos de la mesa como un matrimonio sin hijos. Don Benito señaló con la mano su sitio al capitán Delano y, débil como se encontraba, se empeñó en que este caballero se sentara antes que él.

El negro colocó una esterilla bajo los pies de don Benito y un cojín en su respaldo, y luego se colocó de pie, no detrás de la silla de su amo, sino de la del capitán Delano. Este experimentó al principio alguna sorpresa, pero pronto pareció evidente que, al tomar tal posición, el negro seguía siendo fiel a su amo, ya que haciéndole frente podía prevenir mejor sus menores deseos.

—Este criado suyo posee una inteligencia poco común, don Benito —susurró el capitán Delano a través de la mesa.

—Tiene razón, señor.

Durante la comida, el invitado volvió a insistir sobre determinados fragmentos del relato de don Benito, solicitándole aquí y allá algunos pormenores. Preguntó cómo pudo suceder que el escorbuto y las fiebres hubieran producido tan gran mortandad entre los blancos, sin haber afectado a la mitad de los negros. Como si tal pregunta evocara a los ojos del español toda la escena de la epidemia y le recordara dolorosamente que se encontraba solo en una cámara donde antes le rodeaban tan gran número de amigos y oficiales, temblaron sus manos y su rostro palideció, y al fin pronunció unas palabras entrecortadas. Pero de inmediato los lúcidos recuerdos del pasado fueron sustituidos por un terror irracional ante el presente. Sus ojos, llenos de espanto, se quedaron fijos en el vacío, pues nada había delante de ellos, salvo la mano del criado, que le acercaba el vino de Canarias. Unos sorbos lo restablecieron, al menos en parte. Vagamente aludió a las diferencias constitucionales que permitían a ciertas razas ofrecer mayor resistencia que otras a la enfermedad. Era aquélla una idea nueva para su compañero.

Sin embargo, el capitán Delano deseando discutir con su anfitrión acerca de problemas pecuniarios relativos a los servicios

que le prestaría, sobre todo en relación al nuevo velamen y otros suministros de la misma especie (ya que debía rendir cuentas a sus armadores), y prefiriendo, naturalmente, resolver estos asuntos en privado, comenzaba a desear que el criado se retirara, pues suponía que don Benito podría prescindir por un momento de sus cuidados. Con todo, aguardó un rato, convencido de que don Benito, a medida que avanzara la conversación, se daría él mismo cuenta de la oportunidad de tal medida.

Pero aguardó en vano. Por fin, coincidiendo con la mirada de su anfitrión, el capitán Delano hizo una ligera señal con el pulgar en la dirección del negro, susurrándole:

—Perdone, don Benito, pero no puedo tratar con libertad el tema del que quisiera hablarle.

El español cambió de actitud, sin duda, según creyó el americano, porque consideró la alusión como una crítica contra su criado. Tras un momento de silencio, aseguró a su visitante que no existía inconveniente alguno para que el negro permaneciera con ellos, pues desde que había perdido a sus oficiales había hecho de Babo (cuya primera función, según ahora se revelaba, había sido la de capitán de los esclavos) no sólo su constante compañero y criado, sino también su confidente.

Después de esto, nada más podía decirse, aunque, desde luego, el capitán Delano no dejaba de experimentar cierta irritación al verse así denegado un favor tan pequeño por un hombre al cual tan importantes servicios se proponía prestar. “Bueno, había que atribuirlo a su depresión”, pensó, y, llenando su vaso, se puso a hablar de negocios.

Se fijó el precio de las velas y de otros objetos. Pero en el curso de la conversación el americano observó que, si bien su primera oferta de auxilio había sido recibida con una febril urgencia, ahora que se reducía puramente a una transacción comercial, no despertaba más que una indiferencia apática. De hecho, don Benito parecía condescender a entrar en detalles sólo por razones de cortesía, y no como un individuo consciente del consi-

derable beneficio que pudiera obtener para él mismo y su viaje. Pronto sus maneras se hicieron aún más reservadas. Todo

esfuerzo por llevarlo a una conversación sociable resultó inútil. Corroído por su particular estado melancólico, permaneció allí retorciéndose la barba, mientras la mano del criado le acercaba lentamente, aunque sin éxito, el vino de Canarias.

Acabado el almuerzo, se sentaron en el yugo acolchado de popa, y el criado puso un cojín detrás de su amo. La calma prolongada había alterado la atmósfera. Don Benito suspiró con pesadez, como para poder reanudar la respiración.

—¿Por qué no vamos a la tilia? —propuso el capitán Delano—. Hay más aire ahí abajo.

Pero su anfitrión siguió inmóvil y sin pronunciar palabra.

Mientras el criado se arrodilló ante él con un gran abanico de plumas, Francisco, entrando de puntillas, alargó al negro una copita de agua aromática con la que éste frotó a intervalos la frente de su amo, alisándole el pelo sobre las sienes como hace la nodriza con el niño. No decía palabra, pero fijaba su mirada en los ojos del amo como para traer algún alivio al angustiado don Benito mediante el silencioso espectáculo de su fidelidad.

Al fin, la campana del barco dio las dos, y a través de las ventanas de la cámara se vio cómo el mar se rizaba ligeramente, y ello en la dirección deseada.

—¡Ya era hora! —exclamó el capitán Delano—. ¿Qué os decía, don Benito? ¡Mire usted!

Se había puesto en pie, hablando con gran animación, para despertar de su torpor al colega. No obstante, aunque la cortina carmesí de la ventana de popa batía en aquel momento contra su pálida mejilla, don Benito pareció acoger la brisa con peor humor todavía que la calma.

“Pobre hombre —pensó el capitán Delano—, una amarga experiencia le ha enseñado que un soplo no hace el viento, igual que una golondrina no hace el verano. Pero, por una vez, anda equivocado. Se lo demostraré pilotando su barco hasta entrar en el puerto.”

Con una discreta alusión a la débil salud de su anfitrión, lo apremió para que permaneciera tranquilo donde estaba mientras él mismo asumiría con placer la responsabilidad de sacar el mejor provecho del viento.

Al alcanzar la cubierta, el capitán Delano se estremeció ante el inesperado espectáculo de Atufal, cuya monumental figura aparecía plantada en el umbral como uno de esos porteros de mármol negro que guardan la entrada de las tumbas egipcias.

Pero esta vez el estremecimiento fue tal vez puramente físico. Con la presencia de Atufal, que brindaba un singular ejemplo de docilidad hasta en su obstinación huraña, contrastaba la de los pulidores de hachas en el paciente ejercicio a que se dedicaban. Ambos espectáculos mostraban, sin embargo, que, a pesar de todo el relajamiento que hubiera podido sufrir la autoridad de don Benito en general, cada vez que decidía ejercerla, no había hombre, por salvaje o colosal que éste fuera, que no debiera inclinarse ante ella en mayor o menor grado.

Apoderándose de un portavoz que colgaba de las batayolas, el capitán Delano se dirigió con agilidad hacia el extremo avanzado de la popa y emitió sus órdenes en su mejor español. Los pocos marineros y los numerosos negros, todos igualmente complacidos, se pusieron dócilmente a la tarea de dirigir el barco hasta el puerto.

Mientras estaba dando algunas instrucciones sobre la manera de izar una rastrera, el capitán Delano oyó de pronto una voz que repetía fielmente sus órdenes. Se volvió y vio a Babo, quien desempeñaba ahora, bajo la autoridad del piloto, su primer oficio de capitán de los esclavos. Esta ayuda fue preciosa para él. Pronto recobraron su destino las velas remendadas y las vergas empalmadas. Y no hubo driza ni braza que no se moviera acorde con los alegres cantos de los negros, llenos de ardor.

“Buenos muchachos —pensó el capitán Delano—. Con un poco más de entrenamiento, serían estupendos marineros. Hay que verlo, hasta las mujeres se ponen a empujar y a cantar tam-

bién. Sin duda entre ellas debe haber algunas de esas negras ashanti que tanta fama tienen como soldados. Pero ¿quién dirige el timón? En ese puesto me hace falta un brazo experto.”

Fue a verlo.

El “Santo Domingo” se gobernaba con una pesada caña de timón, con grandes poleas horizontales a ambos lados. Ante cada una de ellas había un subalterno negro, y entre ellos, en el lugar de mando, un marinero español, cuyo rostro daba a entender que participaba debidamente del deseo y la confianza generales de que llegara la brisa.

Resultó ser el mismo hombre que se había comportado de forma tan extraña en el molinete.

—¡Ah! Así que eres tú, muchacho —exclamó el capitán Delano—. Pues bien, basta de guiños ahora. Mira hacia delante y guía bien el barco. Conoces el oficio, ¿no? Y deseas entrar en el puerto, ¿verdad?

—Sí, señor —le respondió el hombre, como si se riera para sí, mientras maniobraba firmemente con la caña del timón.

Sin que lo percibiera el americano, los dos negros observaron al marinero con el rabillo del ojo.

Seguro de que todo iba bien en el timón, el capitán se dirigió hacia el castillo de proa para ver cómo iban allí las cosas.

El barco tenía ahora el viento suficiente para afrontar la corriente. Al acercarse el atardecer, seguro que refrescaría la brisa.

Hecho todo lo requerido por el momento, el capitán Delano transmitió sus últimas órdenes a los marineros y se dirigió hacia popa para dar cuenta de la situación a don Benito en su cámara. Quizá su urgencia de verlo fuera acrecentada por la esperanza de aprovechar algunos minutos para conversar en privado con el español mientras el criado permanecía ocupado en cubierta.

Bajo la popa se habían dispuesto, a cada lado, dos accesos a la cámara: uno situado más hacia proa que el otro y formando, por tanto, un pasadizo más largo: Después de haberse asegurado

de que el criado aún estaba sobre cubierta, el capitán Delano se introdujo por la abertura más cercana —la última de las mencionadas—, ,guardada siempre por Atufal, y con paso rápido se dirigió hasta el umbral de la cámara, ante la cual se detuvo un instante para recobrarse de su carrera. Luego, ya con las palabras que quería decir en los labios, entró en ella. Cuando se dirigía hacia el español, sentado en el yugo, oyó otros pasos que parecían acordarse con los suyos. Por la puerta opuesta, con una bandeja en la mano, entraba también el criado.

"¡Maldito sea este fiel criado! —pensó el capitán Delano—. iQué molesta coincidencia!"

Quizá la molestia hubiérase transformado en un sentimiento algo peor, de no ser por la confianza que había inspirado en él la brisa animadora. Pero, como quiera que fuere, sintió una ligera punzada en el corazón al asociar involuntariamente a Babo con Atufal.

—Don Benito —dijo—, le traigo buenas noticias: seguirá la brisa y soplará cada vez más fuerte. Y, por cierto ,vuestro péndulo gigante, Atufal, está ahí fuera. Por orden suya, ¿no?

Don Benito se sobresaltó como si hubiera sido alcanzado por algún flechazo amilbaradamente satírico y tan diestramente lanzado bajo la cobertura de la cortesía, que no brindaba ocasión para la réplica.

"Parece un despellejado vivo —pensó el capitán Delano—. ¿Dónde se le podría tocar sin hacerle temblar?"

El criado, apresurándose junto a su amo, le arregló un almohadón. Recordando la cortesía de su huésped, el español respondió fríamente:

—Así es, el esclavo se mantiene ahí donde lo ha visto por orden mía. Debe tomar su puesto y esperar mi llegada si a la hora señalada me encuentro en la cámara.

—¡Ah, perdone usted, pero eso es en verdad tratar al pobre muchacho como a un ex rey! ¡Ah, don Benito! —añadió, con una sonrisa—. A pesar de la libertad que concede en muchas co-

sas, me temo que en el fondo sea usted un amo implacable.

Otra vez se estremeció don Benito. Y ahora, pensó el buen marino, bajo los efectos de un auténtico remordimiento.

La conversación se hizo entonces más forzada. Inútilmente llamó el capitán Delano la atención de su anfitrión hacia el perceptible movimiento de la quilla que hendía suavemente el mar. Con la mirada apagada, don Benito respondía brevemente, como con reserva.

Entretanto, el viento, que no había dejado de aumentar y soplar en dirección del puerto, arrastraba rápidamente al “Santo Domingo”. Al doblar un promontorio, el barco cazador de focas apareció a lo lejos.

El capitán Delano había vuelto ya a cubierta. Permaneció en ella un momento para modificar la ruta del barco y pasar así a una buena distancia del arrecife. Luego volvió abajo por unos instantes.

“Esta vez haré cobrar nuevos ánimos a mi pobre amigo”, pensó para si.

—Esto va cada vez mejor, don Benito —exclamó, entrando con aire alegre—. Pronto se acabarán sus preocupaciones, al menos por algún tiempo. Pues, como ya sabe usted, cuando tras un largo y triste viaje se echa el anda en el puerto, parece como si el corazón del capitán se aligerara de un enorme peso. Navegamos a buen ritmo, don Benito. Mi barco está ya a la vista. Mírelo por esa porta, ¡ahí está, todo empavesado! El “Bachelor’s Delighr”, mi buen amigo. ¡Ah, cómo le estimula a uno este viento! ¡Ea!, esta tarde tiene que tomarse una raza de café conmigo. Mi viejo mayordomo le hará un café digno de un sultán. ¿Qué me dice, don Benito? ¿Vendrá usted?

Primero el español alzó febrilmente los ojos y lanzó una nostálgica mirada hacia el barco, mientras el criado le miraba a la cara con callada solicitud. Peto de pronto recobró su frialdad de antes y, dejándose caer sobre los cojines, guardó silencio.

—No responde usted. Vamos, ha sido mi anfitrión todo el día. ¿Quiere usted que la hospitalidad sólo sea de un lado?

—No puedo subir a bordo de su barco —fue la respuesta.

—¿Por qué no? Eso no le fatigará. Los barcos fondearán lo más cerca posible, aunque se balanceen libremente. Apenas tendrá que pasar de una a otra cubierta. Por favor, no debe usted rechazar mi invitación.

—No, no puedo subir a bordo de su barco —insistió don Benito, con un tono de decidida repugnancia.

Apenas podía decirse que guardara una última apariencia de cortesía. Con una suerte de rigidez cadavérica, mordiéndose las delgadas uñas hasta la carne, miraba, contemplaba casi con fijeza a su huésped, como si su presencia lo impacientara, impidiéndole abandonarse por entero a su enfermizo arrebato. Mientras el rumor de las aguas surcadas penetraba por las ventanas con un gorgojeo cada vez más jubiloso, reprochándole su humor melancólico porque a la naturaleza él no le importaba en absoluto, aunque enloqueciera pues, vamos a ver ¿quién tenía la culpa de ello?

Ahora, sin embargo, su depresión había alcanzado un punto crítico y el buen viento reinante, su apogeo.

Había ahora en ese hombre algo que ultrapasaba toda mesura, al punto que su huésped, a pesar de toda su natural indulgencia, no pudo ya soportarlo por más tiempo. Incapaz de explicarse una conducta semejante y considerando que la enfermedad unida a la excentricidad, por extremas que éstas fueran, no constituían de ningún modo una excusa, y convencido además de que nada en su propia conducta podía justificar tal desaire, el capitán Delano sintió rebelársele el orgullo más íntimo. Así pues, se volvió él mismo reservado, aun cuando todo parecía darle igual al español. En vista de ello, el capitán Delano lo abandonó y subió otra vez a cubierta.

El barco se hallaba ya a menos de dos millas del otro, y entre ambos se veía avanzar la ballenera.

En suma, ambos navíos, gracias a la destreza del piloto, se encontraron bien pronto juntos en el fondeadero.

Antes de regresar a su propio barco, el capitán Delano ha-

bía pensado comunicar a don Benito algunos pormenores prácticos acerca de los servicios que se proponía prestarle. Pero, considerando lo ocurrido y poco deseoso de exponerse a nuevos desaires, decidió, ya que el “Santo Domingo” estaba fondeado en lugar seguro, dejar inmediatamente su cubierta, sin hacer nuevas alusiones a la hospitalidad ni a los negocios por tratar. Aplazando deforma indefinida sus planes para el futuro, ajustaría sus próximas acciones a las circunstancias que se dieran. Su ballenera estaba ya dispuesta a recogerlo, pero su anfitrión todavía parecía demorarse abajo. “Pues bien —pensó el capitán Delano—, si él ,no demuestra educación, mayor razón para que yo haga otro tanto”. Descendió a la cámara para despedirse ceremoniosamente y quizá con una tácita reprobación. Pero, para su sorpresa y alegría, don Benito como si comenzara a sentir el peso de la cortés fidelidad que le testimoniaba su maltratado huésped, a guisa de represalia, se alzó con el auxilio de su criado y, tomando entre las suyas una mano del capitán Delano, permaneció en pie, tembloroso, demasiado emocionado para poder hablar. No obstante, el buen presagio que hubiera podido inferirse de este gesto fue pronto desmentido, pues, recayendo en su reserva con aire todavía más lúgubre que antes y con la mirada desviada a medias, el español volvió a sentarse sobre los cojines de su silla. Con frialdad renacida, el capitán Delano hizo entonces una inclinación y se retiró.

Apenas había recorrido la mitad del estrecho corredor, sombrío como un túnel, que conducía desde la cámara hasta las escaleras, cuando resonó en sus oídos un ruido parecido al redoble que anuncia una ejecución en el patio de una cárcel cualquiera. Era el eco de la campana hendida de a bordo que daba la hora y lúgubremente resonaba en aquella suerte de subterránea bodega. Al instante, por una fatalidad irresistible, su ánimo, en respuesta al mal presagio, se vio invadido por un enjambre de supersticiosas sospechas. Se detuvo. En imágenes mucho más aceleradas que estas frases todos sus presentimientos anteriores desfilaron ante él con sus pormenores más insignificantes.

Hasta entonces, su credulidad benévola y natural había estado demasiado dispuesta a disipar, mediante pretextos, unos temores bien razonables. ¿Por qué el español, a veces exageradamente puntilloso, descuida ahora, despreciando la más elemental cortesía, el deber de acompañar a su huésped hasta el saltillo? ¿Se lo impedía su indisposición? Sin embargo, esta indisposición no le había impedido realizar esfuerzos más penosos en el curso de aquella jornada. La forma equívoca con que acababa de comportarse volvió a evocaría el capitán: se había incorporado, había estrechado la mano de su huésped, esbozando un gesto hacia su sombrero... y un instante después se había hundido en un mutismo lúgubre y triste. ¿Podía pensarse que en un ataque de melancolía se arrepentía en el penúltimo momento de algún inicuo complot para en seguida volver a su primitiva intención? Su última mirada parecía expresar, para. el capitán Delano, un último adiós conmovedor, aunque resignado. ¿Por qué había declinado la invitación a trasladarse aquella tarde al barco cazador de focas? ¿Era quizás que el español no estaba tan endurecido como el judío que no se abstuvo de cenar en la mesa del Hombre al que pensaba traicionar aquella misma noche? ¿Qué significaban los enigmas y las contradicciones que se habían sucedido a lo largo de toda la jornada? ¿No sería que no tenían más objeto que el de encubrir algún proyecto maligno? Atufal, el presunto amotinado, pero igualmente puntual sombra, se hallaba en aquel momento de guardia tras la puerta. Parecía ser un centinela, y algo más todavía. ¿Quién lo habría apostado allí? ¿Estaba el negro al acecho?

El español estaba detrás de él... y su criatura delante. Involuntariamente, corrió en dirección a la luz.

Un instante después, con la mandíbula y los puños contraídos, pasaba ante Atufal, desarmado, hacia el aire libre. Al ver su barco anclado, balanceándose suavemente, casi al alcance de la voz y al advertir la presencia de su ballenera, poblada de rostros familiares, que se alzaba y se hundía entre las breves olas, al lado del “Santo Domingo” y sobre cubierta, vio a los de

la estopa mover ágilmente los dedos; cuando oyó el sonido sordo y nutrido, y el industrioso zumbido de los pulidores de hachas, siempre doblados sobre su interminable labor; cuando comprobó el benigno aspecto de la naturaleza, gozando de su inocente reposo al atardecer, y el sol velado refulgiendo en el tranquilo cielo de poniente como la suave luz que salía de la tienda de Abraham; cuando sus ojos y sus oídos, hechizados, captaron todas estas cosas, al mismo tiempo que la silueta encadenada de] negro, su mandíbula y su mano crispadas se distendieron. Una vez más sonrió a los fantasmas que lo habían hecho víctima de sus burlas y experimentó una punzada de remordimiento al pensar que, habiéndolos acogido un .momento, había admitido implícitamente una duda casi atea respecto a la vigilante Providencia divina.

Hubo unos minutos de demora durante los cuales la ballenera fue conducida con los bicheros hasta el saltillo de popa. Durante este intervalo, una especie de satisfacción entristecida invadió el ánimo del capitán Delano, al pensar en los buenos servicios que aquel día había prestado a un extraño. “¡Ah!

—pensó—, después de haber realizado buenas acciones, por más ingrato que se muestre el beneficiado, la conciencia queda tranquila”.

Mientras tanto, disponíase a descender a la ballenera con el rostro vuelto hacia cubierta, con el pie en el primer flechaste de la escala, cuando oyó decir cortésmente su nombre, y con grata sorpresa vio a don Benito adelantarse hacia él con un insólito aire de energía, corno si, al último instante, tratara de enmendar honorablemente su reciente falta de cortesía. Con su amabilidad instintiva, el capitán Delano, retirando el pie de la escala, se volvió hacia el español y se dirigió igualmente a su encuentro. Al observar esto, la nerviosa precipitación de don Benito se acrecentó pero al constatar que éste desfallecía, el criado, para sostenerlo, colocó una mano del amo sobre su desnudo hombro y la

sujetó suavemente formando con su propio cuerpo una especie de muleta.

Cuando los dos capitanes se encontraron, el español cogió de nuevo con fervor la mano del americano, mirándole fijamente a los ojos, pero, igual que antes, demasiado agotado para dirigirle la palabra. “Me he equivocado con él —pensó el capitán Delano, reprochándoselo—. Me ha engañado su aparente frialdad. Nunca ha querido ofenderme.”

Pero, como si temiera que la escena, al prolongarse, causara excesivo cansancio a su amo, el criado dio muestras de ansiedad. Sin dejar de hacer de muleta y andando entre los dos capitanes, se adelantó con ellos hacia el saltillo, mientras don Benito, que parecía emocionado y contrito, rehusaba soltar la mano del capitán Delano y la retenía en la suya, junto al cuerpo del negro.

Pronto se encontraron al lado del empalletado, con los ojos fijos en la ballenera, cuya tripulación levantaba hacia ellos miradas llenas de curiosidad. Aguardando con cierto embarazo a que el español soltara su mano, el capitán Delano alzó el pie para salvar el umbral del saltillo abierto. Sin embargo, don Benito seguía reteniéndole la mano. Al fin acabó por decirle, con voz agitada:

—No puedo ir más lejos. Aquí tengo que decirle adiós. ¡Adiós, mi querido Amasa...! ¡Vaya, vaya usted ya!

Aquí saltó bruscamente su mano.

—¡Ande usted, y Dios le guarde más que a mí, buen amigo!

Conmovido, el capitán Delano se habría demorado unos instantes mas, pero, al tropezarse con la mirada discretamente admonitoria del criado, se despidió apresuradamente y descendió a la ballenera seguido de los adioses incesantes de don Benito que parecía haber echado raíces al borde del saltillo.

Tomando asiento en la popa, el capitán Delano, tras un último saludo, dio la señal de partir. La tripulación puso los remos verticales y el proel empujó la ballenera a una distancia suficiente para que los remos pudieran hundirse en el agua en toda su

longitud. Pero en el momento en que esta maniobra tocaba a su fin, don Benito saltó por encima de las amuradas y fue a caer a los pies del capitán Delano, lanzando al mismo tiempo gritos hacia el barco, pero con voz tan frenética, que nadie en la ballenera lo pudo entender. No obstante, tres marineros españoles, que no parecían compartir tal incomprensión, se arrojaron al mar desde tres lugares distintos y distantes entre sí del barco y se dirigieron a nado hacia su capitán como si trataran de socorrerlo.

El asombrado oficial de la ¡ancha preguntó vivamente qué significaba eso. A lo que el capitán Delano, dirigiendo una desdeñosa sonrisa al inexplicable Benito Cereno, respondió que, por su parte, nada sabía ni le importaba, pero que parecía que el español quería hacer creer a su gente que la ballenera intentaba raptarlo.

—¡Apresuraos! ¡Vuestra vida está en juego! —gritó como un loco, sobresaltándose ante el repentino tumulto que resonaba en el barco, tumulto que dominaba, incesantemente, el toque a rebato de los pulidores de hachas.

Y, asiendo a don Benito por el cuello, añadió:

—¡Este pirata pretende asesinarnos!

Entonces, corroborando en apariencia tales palabras, el criado, con un puñal en la mano, subió a la amurada y saltó, como para asistir a su amo hasta el fin, con toda su desesperada lealtad, mientras para ayudar al negro, al parecer, los tres marineros españoles se esforzaron por trepar a la proa. Al mismo tiempo, todo aquél ejército de negros, como si se hubiera inflamado a la vista de su capitán en peligro, se estrujaba contra las empavesadas como un alud de hollín. Todo esto, así como lo que precedió y lo que siguió, desarrollóse con tal rapidez, que pasado, presente y futuro parecieron ser una sola cosa.

Al ver venir al negro, el capitán Delano echó a un lado al español, casi inmediatamente después de haberlo cogido y, cambiando de posición mediante un impulso inconsciente, alzó los brazos al aire a fin de coger al criado en la caída. Lo hizo tan rápidamente, que el negro, cuyo puñal se dirigía rectilíneo hacia

el corazón del capitán Delano, parecía al dar el salto haber apuntado hacia aquel objetivo. Pero el arma le fue arrancada de las manos y el asaltante arrojado al fondo de la ballenera, cuyos remos, ya liberados, la impulsaron con celeridad hacia alta mar.

En esta coyuntura, la mano izquierda del capitán Delano ciñó de nuevo a don Benito, medio derrumbado, sin tener en cuenta su débil condición, mientras con el pie derecho mantenía postrado en tierra al negro; al mismo tiempo, con el brazo derecho, urgía a los que remaban a acelerar el ritmo y, mirando hacia delante, animaba a sus hombres a entregarse de lleno a su tarea.

Pero entonces el oficial de la lancha, que había logrado rechazar el asalto de los marineros españoles y con el rostro vuelto hacia popa incitaba ahora al proel a remar, llamó de repente la atención del capitán Delano hacia los manejos del negro, mientras un remero portugués le incitaba a gritos a que escuchara lo que el español estaba diciendo.

Echando una mirada a sus pies, el capitán Delano vio la mano libre del criado armada de un segundo cuchillo —cuyo diminuto tamaño le había permitido disimularlo en su cinto de lana—, con el que amenazaba el corazón de don Benito, incorporándose por medio de movimientos reptantes en el fondo de la lancha y con expresión vengativa que revelaba el firme propósito que lo impulsaba. Entre tanto, el español, ya casi asfixiado, trataba inútilmente de evitarlo, pronunciando roncas palabras, solo inteligibles para el portugués.

En aquel instante, un relámpago revelador cruzó la mente, tanto tiempo oscurecida, del capitán Delano, iluminando con claridad la misteriosa conducta de Benito Cereno, así como cada uno de los enigmáticos incidentes de la jornada y toda la anterior travesía del ‘Santo Domingo". Golpeó duramente, abatiéndola, la mano de Babo, pero su corazón se sacudió aún con mayor dureza. Con infinita piedad, liberó a don Benito de su propia presa. ¡No era el capitán Delano, sino a don Benito, a quien el negro se proponía apuñalar al saltar dentro de la ballenera!

Cogieron al negro por las dos manos, en tanto que el capitán Delano, mirando hacia el “Santo Domingo” con los ojos ya abiertos a la realidad, vio a los negros, no entregados a un tumultuoso desorden o a la frenética angustia que parecía haberles inspirado don Benito, sino, libres ya de su máscara, blandiendo hachas y cuchillos, en su feroz revuelta de piratas. Igual que negros derviches en delirio, los seis ashanti danzaban en la popa. Al no poder lanzarse al agua, por impedírselo sus enemigos, los grumetes españoles treparon apresuradamente hasta las vergas más altas, mientras que a algunos marineros menos ágiles, que no habían saltado al mar, se los veía sobre cubierta luchando con los, negros en una terrible confusión.

Entre tanto, el capitán Delano, dando una voz a los de su barco, mandó que se abrieran las portas y sacaran los cañones. Sin embargo, cortado en aquel momento el cable del “Santo Domingo”, el latigazo de la cuerda arrastró la lona que envolvía el branque, dejando de pronto al descubierto, cuando el casco blanqueado viraba hacia el mar abierto, la muerte como mascarón de proa, en forma de un esqueleto humano, y las palabras grabadas con tiza debajo: “Seguid al jefe.”

Al ver esto, don Benito, tapándose la cara, gimió:

—¡Es él, Aranda! ¡Mi amigo asesinado y sin enterrar!

Al alcanzar su barco cazador de focas, el capitán Delano gritó que le tiraran unas cuerdas, ató con ellas al negro, quien no ofreció ninguna resistencia, y lo hizo levantar hasta cubierta. Se disponía entonces a ayudar a don Benito, ya casi desmayado, a subir por el costado del barco, pero el pobre hombre, exangüe como estaba, se negó a moverse o a que lo trasladaran antes de que el negro hubiera sido bajado a la bodega, lejos de su vista. Una vez seguro de que se había cumplido su deseo, ya no dudó en subir a bordo.

Inmediatamente se despachó la ballenera para que recogiera a los tres marineros que habían quedado en el mar, mientras se disponían los cañones, pero, dado que el “Santo Domingo” había derivado un poco hacia la popa del otro navío,

sólo pudo ser apuntada la última pieza de popa. Con ella se hicieron seis disparos con la esperanza de inutilizar al barco fugitivo abatiéndole las vergas, pero no se obtuvo otro resultado que el de arrancar unas pocas jarcias de escasa importancia. Pronto el barco quedó fuera del alcance de los cañones: se dirigía directamente hacia alta mar con los negros arracimados en torno del bauprés, ya fuera lanzando gritos insultantes contra los blancos, ya saludando con los brazos alzados la extensión del océano ensombrecido: eran como cuervos que graznaran, huidos de la mano del pajarero.

Ante tal situación, el primer impulso consistió en largar los cables y emprender la caza. Pero, tras un periodo de reflexión, pareció más prometedor perseguirlos por medio de la ballenera y la yola.

El capitán Delano preguntó entonces a Don Benito con qué armas de fuego contaba el “Santo Domingo”. Se le respondió que estaban todas ellas inutilizables, ya que al principio del motín un pasajero de camarote, muerto luego, había inutilizado secretamente los cerrojos de algunos mosquetes de a bordo. Don Benito, sin embargo, concentró todas sus fuerzas para suplicar al americano que no emprendiera persecución alguna, ni con el barco ni con la ballenera, pues los negros habían demostrado tal grado de desesperación, que, en caso de abordaje, la matanza total de los blancos sería inevitable. Pero, estimando que esta advertencia procedía de una persona agobiada por el infortunio, el americano no quiso renunciar a su propósito.

Fueron dispuestas y armadas las lanchas, y veinticinco hombres tomaron asiento en ellas bajo las órdenes del capitán Delano. Ya iba éste a bajar a una de ellas, cuando don Benito le agarró el brazo:

—¡Cómo es eso! Me ha salvado usted la vida, señor, ¿y ahora se dispone a exponer la suya?

Los oficiales, considerando sus propios intereses, los del viaje y las obligaciones con sus armadores plantearon, igualmen-

te, fuertes objeciones contra la partida de su capitán, con lo que, después de haber sopesado sus quejas, el capitán Delano se sintió obligado a permanecer a bordo. Así pues, puso a la cabeza de la expedición a su segundo, hombre atlético y decidido, que había servido a bordo de un barco corsario y, según murmuraban sus enemigos, en el de una nave pirata. Para dar mayor coraje a los marineros, se les dijo que el capitán español consideraba ya perdido su barco, y que éste, junto con su cargamento (incluyendo oro y plata), se cotizaba en más de diez mil doblones. De capturarlo, iban a recibir una buena parte del botín. Los marineros contestaron con aclamaciones.

Poco faltaba para que los fugitivos alcanzaran alta mar. Era casi de noche, pero la luna iba ascendiendo. Después de violentos y prolongados esfuerzos, las lanchas lograron aproximarse al barco, y los asaltantes, quedándose junto a los remos, se detuvieron a una distancia conveniente a fin de poder descargar sus mosquetes. Sin munición con que responder, los negros replicaron con chillidos salvajes. No obstante, a la segunda salva, lanzaron sus hachas al estilo indio. Una de ellas segó los dedos de un marinero; otra alcanzó la proa de la ballenera y como el hachazo de un leñador cortó el cable y se quedó clavada en el trancanil. El oficial la arrancó de la hendidura aún estremecida y la devolvió. El hacha se hundió en la destrozada galería de popa.

Ante esta recepción tan cálida de los negros, los blancos optaron por mantener una prudente distancia. Evolucionando luego fuera del alcance de las hachas los marineros trataron con vistas al encuentro próximo, de incitar a los negros a desprender-se de las armas que pudieran ser más peligrosas en una lucha cuerpo a cuerpo, invitándolos a lanzarlas estúpidamente al mar con el propósito de acertar en un blanco demasiado lejano. Advirtiendo pronto la estratagema los negros se detuvieron pero ya gran número de ellos no tenía más remedio que reemplazar sus hachas perdidas por espeques, cambio que al fin resultó favorable para los asaltantes, como se había previsto.

Mientras, el barco impulsado por un viento favorable seguía hendiendo las aguas, en tanto que las lanchas, alternativamente, se dejaban distanciar para luego volver a fuerza de remos a descargar otras salvas.

El fuego iba dirigido principalmente a popa, donde la mayoría de los negros se apretujaba. Sin embargo, el objetivo no era matar o herir a los negros, sino que capturarlos junto con el barco. Era, pues, necesario recurrir al abordaje, lo cual no podía realizarse mientras el “Santo Domingo” mantuviera aquella velocidad.

El segundo tuvo entonces una ocurrencia. Observando que los grumetes españoles seguían manteniéndose en las cofas, tan alto como les era posible llegar, les gritó que descendieran hasta las vergas, y cortaran las velas. Así se hizo. Por entonces, dos marineros españoles que se exponían ostensiblemente, fueron muertos no por una bala perdida, sino por disparos deliberados y, como se comprobó más tarde, el negro Atufal y el español del timón resultaron víctimas de una de las descargas generales. El barco, al perder sus velas y sus mandos, escapó por completo al control de los negros.

Con los mástiles que rechinaban, orzó pesadamente al viento, y su proa lentamente viró hacia los marineros con su esqueleto brillando al resplandor horizontal de la luna y proyectando en el agua una gigantesca sombra con estrías de costillas. El brazo extendido del espectro parecía incitar a los blancos a la venganza.

—¡Seguid a vuestro jefe! —gritó el segundo.

Desde ambos lados a la vez las lanchas se arrimaron al barco. Los arpones y los cuchillos se entreveraron con las hachas y los espeques. Apiñadas sobre el bote dado vuelta las mujeres negras entonaron una suerte de lamento, que servía de estribillo al choque del acero.

Durante un tiempo, el ataque se mantuvo indeciso. Los negros se esforzaban por repelerlo, mientras los marineros, rechazados a medias, aún sin poder plantarse en la cubierta del

barco, combatían igual que soldados caballo, con una pierna colocada por sobre la borda y la otra fuera, y manejando el cuchillo como si fuera el látigo de un carretero. Pero aquello era inútil. Parecían llevar la peor parte, cuando, fusionándose u un solo hombre en un grupo compacto y lanzando un tremendo grito, saltaron a bordo, donde se mezclaron con los negros, para a pesar suyo separarse luego. Transcurrido el tiempo de un breve respiro, se produjo un rumor vago, sofocado, interno, como de peces espadas precipitándose de un lugar a otro bajo el agua, entre manadas de negras anguilas: Pronto, reagrupándose y reforzados por los marineros españoles, volvieron a la superficie los blancos, arrinconando en la popa a los negros. Una barricada de barriles y sacos corría de lado a lado ante el palo mayor y allí los negros volvieron a hacer frente a sus enemigos. A pesar de su desprecio por la paz o la tregua, hubiéranse sentido bien satisfechos de poder cobrar nuevos alientos, pero los infatigables marineros salvaron el obstáculo y reanudaron la lucha cuerpo a cuerpo. Extenuados, los negros peleaban con desesperación, sus rojas lenguas, como si fuesen lobos, colgaban fuera de sus bocas sombrías. Pero los pálidos marineros tenían los dientes apretados. No se pronunció ni una palabra, y cinco minutos más tarde fue capturado el barco.

Una veintena de negros habían sido muertos. Además de las bajas producidas por balazos, gran número de ellos presentaban otras heridas, debidas en su mayoría, a los afilados arpones. En el otro bando no se registraba ninguna muerte, pero sí varios heridos, algunos de gravedad, incluido el segundo. Los negros que sobrevivieron a la lucha fueron provisionalmente maniatados, y el barco fue remolcado hasta el puerto, donde-se balanceó nuevamente sobre su anda.

Bastará decir —omitiendo los incidentes y las medidas que siguieron— que; tras dos días de carena, los dos barcos zarparon juntos rumbo a Concepción, en Chile, y de allí zarparon hacia Lima, en el Perú, y en este lugar, ante los tribunales del virrey, se instruyó todo el sumario del suceso desde el comienzo.

Aunque a mitad del viaje el infortunado español, liberado de toda presión exterior, parecía haber recobrado la salud y el libre ejercicio de su voluntad, poco antes de arribar a Lima volvió a recaer en su estado anterior y quedó tan debilitado, que hubo que llevarlo a tierra en brazos. Después de informar sobre su historia y condición, una de las numerosas instituciones religiosas de la “Ciudad de los Reyes” le concedió un hospitalario albergue, donde médicos y sacerdotes le prodigaron todo género de cuidados, en tanto que un miembro de la orden se ofreció para desempeñar el papel de celador del cuerpo y consolador espiritual.

Los extractos siguientes de uno de los documentos oficiales españoles, arrojarán, así lo esperamos, alguna luz sobre el precedente relato. En primer lugar, revelarán de qué puerto zarpó el de su viaje “Santo Domingo" y cuál fue la verdadera historia hasta el momento en que tocó en la isla de Santa María.

Pero antes de dar esta información seria tal vez conveniente advertir que el documento que se citará, elegido entre otros muchos, contiene la declaración de Benito Cereno, la primera que escuchó el tribunal. En aquella fase del proceso, algunas de sus revelaciones fueron estimadas dudosas, por razones lógicas y científicas. El tribunal se inclinó a suponer que el declarante, un tanto perturbado en sus facultades mentales por los recientes sucesos, imaginaba en su delirio hechos que nunca podían haber ocurrido. Pero las declaraciones subsiguientes de los marineros supervivientes, apoyando las revelaciones de su capitán en varios de sus pormenores más singulares, dieron crédito a la vez a todo el resto. De manera que el tribunal, en su resolución final, basó su sentencia en declaraciones que hubiera debido rechazar de no haber tenido ulterior confirmación.

“Yo, don José de Abos y Padilla, Notario de Su Majestad para la Renta Real, e Interventor de esta Provincia, y Notario Público de la Santa Cruzada de este Obispado, etc.

“Certifico y declaro, conforme la ley lo exige, que, en el

proceso criminal incoado el día veinticuatro del mes de septiembre del año mil setecientos noventa y nueve, contra negros senegaleses del barco “Santo Domingo”, se hizo ante la declaración siguiente.

Declaración del primer testigo, don Benito Cereno.

“En tal día, mes y año, Su Ilustrísima el doctor Juan Martínez de Rozas, Consejero de la Real Audiencia de este Reino y conocedor de las leyes de esta Intendencia, mandó comparecer en su presencia al capitán del barco “Santo Domingo”, don Benito Cereno, quien lo hizo en litera, asistido por el fraile Infelez. El cual don Benito Cereno, en presencia de don José de Abos y Padilla, Notario Público de la Santa Cruzada, prestó juramento por Dios nuestro Señor y con la señal de la cruz, en fe de lo cual prometió decir toda la verdad de lo que supiera y le fuere preguntado. Y al ser interrogado de conformidad con el tenor del acto inicial del proceso, declaró que el día veinte del mes de mayo último zarpó con su nave del puerto de Valparaíso, rumbo al del Callao, llevando a bordo diversos productos del país y ciento sesenta negros de ambos sexos, que pertenecían en su mayor parte a don Alejandro Aranda, hidalgo de la ciudad de Mendoza; que la tripulación del barco la componían treinta y seis hombres, a más de las personas que se habían embarcado en calidad de pasajeros, y que los negros eran principalmente los que se registraban a continuación..."

Aquí, en el original, sigue una lista de unos cincuenta nombres, con sus señas y edades, establecida según ciertos documentos recobrados de Aranda y también conforme a los recuerdos del declarante. De tal lista sólo daremos algunos extractos:

".... .Un negro de dieciocho o diecinueve años más o menos, de nombre José, que ejercía las funciones de criado cerca de su amo, don Alejandro, y que, después de haberlo servido cuatro o

cinco años, hablaba bien el español..., un mulato, de nombre Francisco, mayordomo de cámara, de buena estatura y voz potente, que había cantado en las iglesias de Valparaíso, originario de la provincia de Buenos Aires, de edad de treinta y cinco anos...; un negro de hermosa traza, Dago de nombre, que durante muchos años había sido sepulturero entre los españoles, de edad de cuarenta y seis años...; cuatro negros ancianos, oriundos de África, con edades que iban de los sesenta a los setenta, pero todavía sanos de cuerpo, calafates de oficio, y que llevaban los siguientes nombres: el primero se llamaba Muri, y fue muerto (igual que su hijo, de nombre Diamelo); el segundo, Nacta; el tercero, Yola, igualmente muerto; el cuarto, Ghofan; y seis negros adultos, de treinta a cuarenta y cinco años de edad, no todos civilizados, y nacidos entre los ashanti: Marrinqui, Yan, Lecbe, Mapenda, Yambaio, Akim, cuatro de ellos resultaron muertos...; un negro robusto, llamado Atufal, que se suponía que había sido jefe de alguna tribu en África, y que sus propietarios valoraban en mucho... y un negrito del Senegal, de edad aproximada de treinta años, y de nombre Babo...; que no se acuerda del nombre de los otros, pero, dado que cuenta con que un día u otro se localicen los restantes papeles de don Alejandro, confeccionará entonces una lista de todos los negros y la remitirá al tribunal...; y treinta y nueve mujeres y niños de todas las edades.”

Después de la lista, la declaración continúa en estos términos:

“...Que todos los negros dormían sobre cubierta, como es habitual en esta navegación, y no llevaban grillete alguno, pues el propietario, su amigo Aranda, le dijo que eran todos dóciles...; que el séptimo día después de haber dejado el puerto, a las tres de la madrugada, cuando estaban durmiendo todos los españoles, con excepción de los oficiales de guardia —esto es, el contramaestre Juan Robles y el carpintero Juan Bautista Gaye-

te— y el timonel y su auxiliar, los negros se sublevaron de pronto, hirieron gravemente al contramaestre y al carpintero, y sucesivamente mataron a dieciocho de los hombres que dormían en cubierta, unos a golpes de espeque y de hacha y otros arrojándolos vivos por encima de la borda después de haberlos atado; que, de los españoles que se hallaban en cubierta, dejaron a unos siete marineros vivos y atados para maniobrar el barco, y otros tres o cuatro se escondieron, logrando también salvar la vida. Que, a pesar de que los negros se habían apoderado en el transcurso de la revuelta de la escotilla, seis o siete hombres gravemente heridos la cruzaron para acudir al sitio de curas, sin que aquellos trataran de impedirlo; que el segundo y otra persona de cuyo nombre no se acuerda el declarante intentaron subir por la escotilla, pero que, habiendo resultado heridos al momento, se vieron obligados a regresar a la cámara; que el declarante decidió al amanecer subir por la escala de la cámara, donde estaba el negro Babo, cabeza del motín, y Atufal, su asistente; que les habló, exhortándolos a dejar de cometer tales atrocidades y preguntándoles al mismo tiempo lo que deseaban e intentaban hacer, ofreciéndose él mismo a obedecer sus órdenes; que, a pesar de ello, echaron delante de él, por encima de la borda, a eres hombres vivos y maniatados; que dijeron al declarante que subiera, asegurándole que no lo iban a matar; que, hecho esto, el negro Babo le preguntó si había por esos mares algún país negro adonde pudieran ser conducidos, y él le respondió que no; que el negro Babo le ordenó luego que los llevara al Senegal o a las islas próximas a San Nicolás; que él contestó que era imposible debido a la mucha distancia, la necesidad de doblar el Cabo de Hornos, las malas condiciones del barco y la falta de provisiones, de velas y de aguas pero que el negro Babo le replicó que debía llevarlos como fuere; que obrarían en codo conforme a las instrucciones del declarante acerca de las raciones de agua y de víveres; que después de una larga conferencia, viéndose obligado sin remedio a darles satisfacción, pues amenazaban con matar a rodos los blancos si no se los llevaba al Senegal, el declarante les di-

jo que lo más urgente para la travesía era el agua; que se acercarían primero a la costa para procurársela, y que en seguida proseguirían su ruta; que el negro Babo condescendió a ello, y el declarante puso rumbo a los puertos intermedios con la esperanza de encontrarse con algún barco español o extranjero que pudiera salvarlos; que al cabo de diez u once días divisaron tierra, y prosiguieron su rumbo bordeando la costa en las cercanías de Nasca; que el declarante observó entonces señales de inquietud y de rebelión entre los negros, porque se demoraba en aprovisionarse de agua, y el negro Babo exigió, con amenazas, que se hiciera sin falta siguiente día; que él le explicó que veía claramente que la costa era escarpada, y que no lograba localizar los ríos trazados en el mapa, junto a otras razones acomodadas a las circunstancias; que lo mejor era dirigirse a la isla desierta de Santa María, donde fácilmente hallarían agua y víveres, como hacían los extranjeros; que el declarante no fue a Pisco, que estaba cercano, ni a ningún otro puerto de la costa, porque el negro Babo le había expresado en varias ocasiones que mataría a rodos los blancos si percibía una ciudad, un pueblo o una colonia cualquiera en las costas hacia las que navegaban; que, habiendo resuelto alcanzar la isla de Santa María, como había proyectado el declarante, con el fin de intentar encontrar, durante la travesía o en la misma isla, un barco que pudiera socorrerlos, o escapar en un bote hasta llegar a la costa vecina de Arauco, con intención de adoptar las medidas necesarias al efecto, cambió inmediatamente de ruta y se dirigió a la isla; que los negros Babo y Atufal mantenían todos los días conversaciones, discutiendo sobre el tema de si sería conveniente, para su regreso al Senegal, matar a todos los españoles, y en particular al declarante; que ocho días después de haber abandonado la costa de Nasca, cuando el declarante estaba de guardia en las primeras horas del amanecer, y poco después de que los negros hubieran celebrado consejo, el negro Babo vino al encuentro del declarante para decirle que había decidido matar a su amo, don Alejandro Aranda, porque, de no ser así, ni él ni sus camaradas estarían seguros de su liber-

tad, y también porque quería mantener sometidos a los marineros informándoles de su suerte si alguno de ellos ofrecía resistencia; y que, en fin, no había mejor advertencia que la muerte de don Alejandro; que el declarante comprendió entonces —y no hubiera podido comprenderlo de otra forma— lo que significaba esta última frase, es decir, que se proyectaba la muerte de don Alejandro; que el negro Babo propuso luego al declarante que llamara al primer oficial Raneds, que dormía en la cámara antes de que se perpetrara tal crimen, por temor a que este hombre, que era un buen marinero, no fuera muerto con don Alejandro y los demás; que el declarante, que era amigo de mocedad de don Alejandro, rezó y suplicó, aunque inútilmente; que el negro Babo le respondió que era inevitable, y que todos los españoles correrían el riesgo de morir si trataban de oponerse a su voluntad en este u otro punto; que, enfrentado a este dilema, el declarante llamó al primer oficial Raneds, quien fue obligado a permanecer al margen, y que de inmediato el negro Babo ordenó al ashanti Martinqui y al ashantí Lecbe que ejecutaran aquel crimen; que esos dos hombres, provistos de hachas, bajaron hasta donde se hallaba la litera de don Alejandro y, ensangrentado y vivo aún, lo arrastraron por cubierta; que lo iban a tirar en tal estado por la borda, cuando los detuvo el negro Babo, ordenándoles que remataran el crimen en cubierta, delante de él; lo cual fue hecho así, y después, por mandato suyo, fue llevado abajo el cuerpo, a proa; que el declarante no lo volvió a ver, durante tres días...; que don Alonzo Sidonia, anciano residente desde había tiempo en Valparaíso, recientemente designado para ocupar un cargo oficial en el Perú, razón por la que se había embarcado en el “Santo Domingo", dormía entonces en la litera opuesta a la de don Alejandro; que, al despertar a los gritos angustiosos de don Alejandro y al ver a -los negros armados de ensangrentadas hachas, se arrojó al mar por una ventana próxima, y se ahogó, sin que le fuera posible al declarante socorrerlo o izarlo a bordo...; que, poco después de haber dado muerte a Aranda, trajeron a cubierta a su primo hermano don

Francisco Masa de Mendoza, y al joven don Joaquín, marqués de Aramboalaza, recientemente llegado de España, así como a su criado español Ponce, y a los tres jóvenes auxiliares de Aranda, José Mozairi, Lorenzo Bargas y Hermenegildo Gandix, todos ellos procedentes de Cádiz; que a don Joaquín y a Hermenegildo Gandix les dejó el negro Babo la vida a salvo por los motivos que luego se verán, mientras que don Francisco Masa, José Mozairi, Lorenzo Bargas y el criado Ponce, así como el contramaestre Juan Robles, los dos ayudantes suyos, Manuel Viscaya y Rodrigo Hurta, y otros cuatro marineros, fueron arrojados vivos al mar por orden suya, aunque no ofrecieron resistencia ni solicitaron nada más que un poco de misericordia; que el contramaestre Juan Robles, que sabía nadar, fue el que más tiempo permaneció a flote, haciendo actos de contrición y encargándole al declarante, según las últimas palabras que pronunció, que mandara decir unas misas por su alma en Nuestra Señora del Socorro...; que, durante los tres días siguientes, el declarante, no sabiendo lo ocurrido con los restos de don Alejandro, pregunto con frecuencia al negro Babo dónde se encontraban, suplicándole que, si aún estaba a bordo, ordenara que fueran”conservados para darle sepultura en tierra; que no le respondió el negro hasta el término de tres días, cuando al amanecer del cuarto, al subir a cubierta el declarante, el negro Babo le mostró un esqueleto que reemplazaba al mascarón de proa del navío, a Cristóbal Colón, el descubridor del Nuevo Mundo;-que el negro Babo le preguntó de quién era aquel esqueleto, y si, viendo su blancura, no creía que fuera el de un blanco; que él se cubrió el rostro y que el negro Babo, acercándosele mucho, le habló de esta suerte apuntando hacia proa: “Sé fiel a los negros de aquí hasta el Senegal, o tu alma irá tras tu jefe como ahora su cuerpo”; que la misma mañana el negro Babo condujo sucesivamente a cada uno de los españoles a proa, preguntándoles de quién era aquel esqueleto, y si, viendo su blancura, no creían que fuera el de un blanco; que cada uno de los españoles se cubrió el rostro; que a cada cual el negro Babo repitió las mismas palabras que había dirigido an-

tes al declarante...; que, hallándose entonces congregados en popa los españoles, los arengó el negro Babo, diciendo que ya había hecho todo cuanto se proponía, y que el declarante (como piloto de los negros) podía proseguir su viaje, advirtiendo a éste y a rodos los otros que seguirían en cuerpo y alma el camino de don Alejandro, silos veía (a ¡os españoles) hablar o conspirar contra ellos (los negros), amenaza que se reiteró diariamente; que, con anterioridad a los hechos que acaban de referirse, ataron al cocinero para tirarlo por la borda, debido a alguna palabra que le habían oído decir, pero que al fin el negro Babo le perdonó la vida a petición del declarante; que, pocos días más tarde, el declarante, para que no quedara ningún cabo suelto a fin de salvaguardar la vida de los otros blancos, exhortó a los negros para que mantuvieran la paz y la tranquilidad; que además consintió en redactar un documento, firmado por el declarante y por los marineros que sabían escribir, así como por el negro Babo, en su nombre y en el de todos los negros, por el cual el declarante se comprometía, con la condición de que dejaran de matar a los blancos, a llevarlos hasta el Senegal y a cederles formalmente el barco con su cargamento, disposiciones que los tranquilizaron y dejaron satisfechos provisionalmente... Sin embargo, al día siguiente, para prevenir con mayor seguridad toda evasión de los blancos, el negro Babo mandó destruir todos los botes, con excepción de la lancha, que no podía ya navegar, y de una balandra en buenas condiciones, que sabía que haría falta para transportar las pipas de agua, y que ordenó hacer bajar a la bodega.”

Siguen diversas circunstancias del viaje, prolongado y vacilante, que emprendieron entonces, con los incidentes de una calma desastrosa; de esta parte de la relación se ha extraído el pasaje siguiente:

“…Que en el quinto día de la calma, victimas todos los hombres de a bordo del calor y de la falta de agua, y cinco de ellos habiendo muerto en medio de terribles ataques de denme-

cia, los negros comenzaron a mostrarse irritables, y que Raneds, el cual manejaba un cuadrante, habiendo efectuado respecto al declarante un gesto accidental que les pareció sospechoso, aunque fuera del todo inocuo, resultó muerto por ellos. Que luego se lamentaron de ello, ya que el segundo era, con el declarante, el único piloto que quedaba a bordo.

“Que, omitiendo otros hechos que acontecían todos los días y que únicamente servirían para evocar inútilmente conflictos e infortunios, después de setenta y tres días de travesía, contados desde que zarparon de Nasca, durante los cuales soportaron las calmas ya mencionadas y tuvieron que someterse a una reducida ración de agua, llegaron finalmente a la isla de Santa María, el día diecisiete de agosto, hacia las seis de la tarde, hora en que fondearon muy cerca del barco norteamericano “Ihe Bachelor ‘s Delighr”, el cual se hallaba anclado en la misma bahía, bajo el mando del generoso capitán Amasa Delano ; pero que ya desde las seis de la mañana se habían encontrado a la vista del puerto, y que los negros se habían intranquilizado apenas hubieron visto el barco, no esperando semejante encuentro por aquellos parajes; que el negro Babo los calmó, asegurándoles que nada había que temer; que en seguida ordenó cubrir la figura de proa con una lona, como si estuvieran reparándola, y mandó arreglar la cubierta; que el negro Babo y el negro Arufal conferenciaron unos instantes; que el negro Atufal consideraba mejor alejarse, pero que el negro Babo se negó a ello y resolvió por su cuenta la conducta que debía observarse; que, por fin, salió al encuentro del declarante, proponiéndole decir y hacer cuanto el declarante expone haber dicho y hecho en presencia del capitán americano...; que el negro Babo le advirtió que, si se desviaba de ello en lo más insignificante, pronunciaba una sola palabra o lanzaba cualquier mirada que pudiera dejar adivinar los hechos pasados o la presente situación, al instante lo mataría,

mostrándole una daga que traía escondida y corroborándole que esa daga estaría tan alerta como su propia mirada; que el negro Babo expuso entonces el plan a todos sus compañeros, y a éstos les gustó; y que después, para mejor ocultar la verdad, el negro Babo ideó gran número de estratagemas, en algunas de las cuales se conciliaba el afán de defenderse con el de engañar; que fue así como ideó la estratagema de los seis ashanti, antes citados, que obraban como esbirros suyos; que los colocó al borde de la popa como si estuvieran limpiando unas hachas (metidas en unas cajas que formaban parte del cargamento), pero que en realidad lo dispuso así para que pudieran utilizarlas y distribuirlas en caso necesario, cuando se viera precisado a pronunciar cierta palabra que les indicó; que otra estratagema fue la de presentar a Atufal, su principal ayudante, encadenado, pero de tal manera, que en un instante pudiera desprenderse de sus ligámenes; que en los menores detalles informó al declarante del papel que debía desempeñar en cada estratagema, y de lo que debía decir en cada ocasión, amenazándole con una muerte repentina si se apartaba en algo de lo que él le dictara; que, consciente de que un gran número de negros no dejarían de estar inquietos, el negro Babo encargó a los cuatro negros ancianos, que eran calafates, que trataran de mantener el orden en cubierta mientras pudieran; que en múltiples ocasiones arengó á los españoles y los suyos, informándoles de cuál era su plan, de sus estratagemas y de la historia ficticia que el declarante debía referir, para que ninguno de ellos divergiera de ella; que estas disposiciones fueron adoptadas y pensadas durante las dos o tres horas que transcurrieron entre el momento en que percibieron el barco por vez primera y la llegada a bordo del capitán Amasa Delano; que ésta tuvo lugar hacia las siete y media de la mañana, y que el capitán Delano llegó en su ballenera, recibiéndolo todos en medio de una gran alegría; que el declarante desempeñó el papel de principal propietario y de capitán libre del barco en la medida en que pudo reprimirse; que declaró al capitán Delano, cuando fue invitado a hacerlo, que venía de Buenos Aires y que

se dirigía a Lima con trescientos negros; que a la altura del Cabo de Hornos, y en el curso de una epidemia, muchos de los negros habían fallecido; y que, por causas parecidas, habían muerto también todos los oficiales y la mayor parte de la tripulación.”

Así prosigue la declaración, dando pormenores de la historia ficticia dictada al declarante por Babo y transmitida al capitán Delano a través del declarante; refiriendo asimismo las ofertas amistosas del capitán Delano, al igual que otros incidentes, todo lo cual se omite aquí. Después del extrañó relato imaginario, continúa la declaración:

“Que el generoso capitán Amasa Delano siguió a bordo todo el día y hasta las seis de la tarde en que dejó al barco en el fondeadero, no cesando el declarante de referirle sus supuestos infortunios según las instrucciones más arriba mencionadas, y sin haberle podido decir ni una sola palabra o arriesgar la menor sugerencia para ponerlo en conocimiento de cuál era el verdadero estado de cosas, pues el negro Babo, interpretando el papel de un celoso criado con toda la sumisión propia de un humilde esclavo, no dejó al declarante ni un momento, para observar sus gestos y palabras, ya que el negro Babo conoce bastante bien el español; que, además, otros negros, que conocían igualmente el español, se mantenían cerca de él para vigilarlo constantemente...; que en una ocasión, cuando el declarante conversaba en cubierta con Amasa Delano, el negro Babo le hizo una secreta señal para que se apartara de él dando a entender que era por

—iniciativa del declarante; que, en efecto, ambos se retiraron a un lado, y que el negro Babo le sugirió entonces obtener de Amasa Delano todos los pormenores posibles sobre su barco, tripulación y armas; que el declarante le preguntó: “¿Por qué?”, y el negro Babo le respondió que ya se lo podía imaginar; que, afectado por la perspectiva del peligro que amenazaba al generoso capitán Delano, el declarante se negó primera hacerle las preguntas deseadas y trató por todos los medios de convencer al

negro Babo de renunciar a ese nuevo proyecto; que el negro Babo le enseñó entonces la punta de su daga; que, después de haber' obtenido la información, el negro Babo lo llevó de nuevo a un lado, declarándole que, por la noche, él (el declarante) sería capitán de dos barcos en lugar de uno, pues la mayor parte de la tripulación del americano estaría entonces pescando, y los seis ashantí tomarían fácilmente el barco; que antes de la llegada a bordo de Amasá Delano no había aludido para nada a la captura del barco americano; que el declarante no tenía forma de contrarrestar tal proyecto...; que en cierras cuestiones su memoria es dudosa y que no puede recordar claramente cada uno de los incidentes...; que, apenas hubieron fondeado, a las seis de la tarde, como se ha declarado más arriba, el capitán americano se despidió para volver a su propia nave; que, por un repentino impulso que el declarante cree deber a Dios y a sus ángeles, después de haberse despedido del capitán Delano, lo siguió hasta el saltillo de popa, donde permaneció, con el pretexto de darle el último adiós, hasta que Amasa Delano ocupó su lugar en la lancha; que, al momento en que éste iba a partir, el declarante saltó del saltillo y fue a caer en la lancha, no sabe cómo, bajo el amparo divino; que …"

Aquí, en el original, sigue la relación de lo sucedido en el momento de la huida, de cómo fue recobrado el "Santo Domingo" y del viaje hasta la costa, con inclusión de numerosas expresiones de "eterna gratitud" para con el "generoso capitán Delano". La declaración procede entonces a agregar algunas observaciones y un censo parcial de los negros, concretando el papel individual que habían desempeñado en los pasados acontecimientos, con el fin de establecer, siguiendo las indicaciones del tribunal, los datos en que basar el pronunciamiento de las sentencias criminales. Citamos este documento:

"Que él cree que todos los negros, aunque no hubieran tenido al principio noticia del proyecto de la rebelión, la aproba-

ron cuando se realizó... Que el negro José, de dieciocho años de edad, al servicio personal de don Alejandro, fue quien informó al negro Babo del estado de cosas en la cámara antes de producirse la rebelión; que esto puede deducirse del hecho de que, en las medianoches anteriores, solía dejar su litera, que estaba situada bajo la de su amo, en la cámara, para subir a cubierta, donde se hallaban el cabecilla y sus secuaces; que además mantuvo secretas conversaciones con el negro Babo, conversaciones en las cuales lo sorprendió varias veces el primer oficial; que una noche el primer oficial lo envió abajo en dos ocasiones...; que ese mismo negro José, sin recibir orden alguna del negro Babo, como lo hicieron Lecbe y Martinqui, apuñalo a su amo, don Alejandro; cuando lo arrastraban moribundo por cubierta...; que el servidor mulato Francisco formaba parte del primer grupo de rebeldes, que en toda circunstancia fue la criatura y el instrumento del negro Babo; que, para adularlo, propuso al negro Babo, justamente antes de la comida en la cámara, envenenar uno de los platos destinados al generoso capitán Amasa Delano; que se conoce este hecho porque los negros lo han contado, pero que el negro Babo, abrigando otros propósitos, se lo. prohibió a Francisco...; que el ashanti Lecbe fue de los peores; que, el día en que fue recobrado el barco, participó en su defensa, blandiendo un hacha en cada mano, e hirió en el pecho al segundo de Amasa Delano cuando trataba de subir a bordo; que todo el mundo conocía el'hecho; que, ante el propio declarante, Lecbe golpeó con un hacha a don Francisco Masa, cuando lo arrastraba, por orden del negró Babo, para arrojarlo vivo por sobre la borda; que además había intervenido en el asesinato de don Alejandro Aranda y en el de otros pasajeros de camarote; que, a causa del furor con que combatieron los ashantí cuando el enfrentamiento con la ballenera, Lecbe y Yan fueron los únicos sobrevivientes; que Yan era un ser perverso como Lecbe; que fue él quien, por orden de Babo y porque así lo deseaba, preparó el esqueleto de don Alejandro como se lo revelaron los negros al declarante, pero que él, mientras estuviera en su sano juicio, nunca podría descri-

birlo; que fueron Yan y Lecbe quienes una noche, durante una calma, sujetaron a la proa el esqueleto; que eso se lo comunicaron también los negros; que fue el negro Babo quien puso la inscripción que había bajo el esqueleto; que el negro Babo fue el cabecilla de la sedición de principio a fin; que él ordenó cada asesinato y fue como el timón y la quilla de la rebelión; que Atufal le sirvió siempre como lugarteniente, pero que ni éste ni el negro Babo cometieron ningún crimen personalmente; que Atufal fue muerto de un tiro en el combate con las lanchas, antes del abordaje...; que las negras, todas de edad, tenían noticias de la rebelión y. se mostraron satisfechas por la muerte de su amo, don. Alejandro; que a los españoles ejecutados por orden del negro Babo, de no haberlo impedido los negros, los hubieran torturado hasta la muerte, en vez de matarlos simples mente; que las negras utilizaron toda su influencia para que el declarante fuera muerto; que, mientras se perpetraban aquellos crímenes, entonaron diversos cánticos y danzaron, no con júbilo, sino solemnemente, y que antes del encuentro con las lanchas, así como durante la acción, entonaron para los negros melancólicos cantos, que ese tono melancólico los enardecía más que otro, y eso expresamente; que todo esto se supone cierto, porque lo han dicho los negros. "Que de los treinta y seis hombres de la tripulación que el declarante conocía —excluyendo a los pasajeros todos muertos con anterioridad— sólo sobrevivieron seis además de cuatro grumetes y chicos de servicio que no estaban incluidos en la tripulación...; que los negros le rompieron el brazo a uno de los chicos de servicio y le golpearon a hachazos."

Siguen aquí varias revelaciones de distintos períodos cronológicos. De ellas, se extraen las siguientes:

"Que, durante la estancia del capitán Amasa Delano a bordo, los marineros realizaron diversas tentativas, a iniciativa principalmente de Hermenegildo Gandix, para permitirle entrever cuál era el verdadero estado de cosas, pero que estas resultaron

inútiles debido al riesgo mortal que implicaban, y sobre todo a causa de las tretas que contradecían el verdadero estado de cosas, y también por la generosidad y la piedad del capitán Delano, incapaz de comprender tanta iniquidad...; que Luys Galgo, un marinero que frisaba la sesentena y que antiguamente había pertenecido a la armada real, fue uno de los que intentaron proporcionar indicios al capitán Amasa Delano, pero como se sospechó cuáles eran sus propósitos, fue alejado de cubierta con cualquier pretexto, siendo asesinado en la sentina. Que esto lo refirieron los negros poco tiempo después...;' que uno de los grumetes, abrigando cierta esperanza de evasión inspirada por la presencia del capitán Amasa Delano, pronunció imprudentemente alguna frase que revelaba su deseo y que, un esclavo con el que compartía su comida al comprenderlo lo golpeó en la cabeza con su cuchillo, produciéndole una profunda herida de la cual parece estar recobrándose el muchacho; que asimismo, poco después de que hubiera fondeado el barco, uno de los marineros, que estaba a cargo del timón, demostró 'una esperanza de liberación, pero que este marinero, gracias a la prudencia que después mostró, salió indemne del asunto..'.; 'que estas declaraciones tienen por objeto mostrar al tribunal que, desde el comienzo hasta el final de la rebelión, fue imposible al declarante y a sus propios hombres actuar de otro modo que el que adoptaron...; que el tercer escribiente, Hermenegildo Gandix, que primero se había visto obligado a vivir entre los marineros, llevando su misma ropa y asemejándose en todo a ellos, que este Gandix fue muerto por una bala de mosquete disparada por equivocación, desde una de las lanchas americanas, antes del abordaje, pues, trepando aterrorizado hasta el aparejo de mesana, gritó a las lanchas: "¡No abordéis!", por miedo a que los negros los mataran; que esto, indujo a los americanos a creer que de algún modo estaba del lado de los negros, por lo que dispararon sobre él dos veces, de forma que cayó, herido, desde el aparejo y se ahogó en el mar...; que el joven don Joaquín, marqués de Aramboalaza, igual que Hermenegildo Gandix, el tercer escri-

biente, fue obligado a adoptar las funciones y la apariencia externa de un marinero corriente; que, en cierta ocasión, como don Joaquín diera muestras de alguna repugnancia, el negro Babo ordenó al ashanti Lecbe que tomara brea, la calentara y la vertiera en las manos de don Joaquín...; que don Joaquín resultó muerto debido a otro error de los americanos, error, por otra parte, imposible de eludir, pues, al aproximarse las lanchas, los negros forzaron a don Joaquín a aparecer en las batayolas con un hacha atada a la mano, de modo que presentará el filo hacia fuera y pareciera blandirla; ante lo cual, viéndole con las armas en la mano y en dudosa actitud, se le tomó por un marinero renegado y fue muerto...; que sobre la persona de don Joaquín se encontró una joya que, como demuestran los papeles descubiertos, estaba destinada al relicario de Nuestra Señora de la Merced, en Lima, ofrenda votiva con la que don Joaquín quería testimoniar su gratitud, al desembarcar en el Perú, su destino final, por el feliz término de la travesía desde España...; que la joya, así como los otros bienes del difunto don Joaquín, los tienen en custodia los hermanos del Hospital de Sacerdotes, aguardando lo que disponga el ilustre Tribunal...; que, debido al estado del declarante, así como por la celeridad con que las lanchas se lanzaron al ataque, no se advirtió a los americanos que entre la tripulación se encontraban un pasajero y uno de los escribientes, disfrazados por orden del negro Babo...; que, además de los negros muertos en el transcurso de la acción, algunos fueron muertos durante la noche después de la captura y el fondeo, cuando estaban amarrados a las anillas de cubierta; que estas muertes las ejecutaron los marineros antes de que fuera posible impedírselo. Que, apenas fue informado de. esto, el capitán Amasa Delano ejerció toda su autoridad derribando con sus propias manos a Martínez Gola, quien tenía una navaja de afeitar en el bolsillo de una vieja chaqueta que le pertenecía y que vestía uno de los negros encadenados, con la que apuntaba a la garganta del capitán; que el noble capitán Amasa Delano arranco también de la mano de Bartholomew Barlo una daga sustraída

durante la matanza de los blancos y con la que apuñalaba a un negro encadenado que ese mismo día, con la ayuda de otro negro, lo había derribado y pisoteado...

“Que, de todos los hechos acaecidos durante aquel largo período en el transcurso del cual el barco había estado en poder del negro Babo, no puede dar cuenta aquí, peto que lo que ha referido es lo más sustancial de lo que ahora recordaba, y que ha declarado verazmente de acuerdo con el juramento prestado. Tal declaración la confirmó y ratificó tras haberle sido leída.

“Dijo que tenía veintinueve años de edad y que se sentía física y finalmente destrozado; que, cuando el Tribunal decidiera finalmente prescindir de sus servicios, no regresaría a su casa en Chile, sino que buscaría asilo en el monasterio del Monte Agonía. Dicho lo cual, firmó Su Excelencia, se santiguó y partió, en esta ocasión, igual que había venido, en litera, y en compañía del monje infeliz, hasta el Hospital de Sacerdotes."

BENITO CERENO

DOCTOR ROZAS

Si la declaración de Benito Cereno ha servido de llave para abrir la cerradura de las complicaciones anteriores, asimismo, como un subterráneo cuya puerta hubiera sido echada abajo, está abierto el casco del “Santo Domingo”.

Hasta aquí, esta narración no sólo ha presentado los acontecimientos, sino que ha exigido que gran número de ellos, en vez de ser transmitidos en el orden en que se sucedieron, fueran presentados de manera irregular o retrospectiva. Así ocurre con los episodios que siguen y que pondrán término a la relación. En el transcurso del prolongado y tranquilo viaje hacia Lima, se registró, como ya se ha mencionado anteriormente, un período durante el cual don Benito recobró algo de su salud, o al menos en parte, su propia tranquilidad. Antes de la grave re-

caída que sobrevino más tarde, los dos capitanes mantuvieron algunas cordiales entrevistas, contrastando singularmente su fraternal falta de reserva con las antiguas reticencias. -

El español se refirió reiteradamente a lo difícil que le había sido interpretar el papel que le había impuesto el negro Babo.

—¡Ah, mi querido don Amasa! —dijo una vez don Benito—, en esos instantes en que me creía usted tan frío e ingrato, en los que incluso, como usted admite ahora, llegaba hasta pensar que proyectaba asesinarle, en esos mismos instantes mi corazón se helaba. No podía mirarle a la cara cuando pensaba en la amenaza que , tanto a bordo de este barco como en el suyo, pendía sobre mi generoso bienhechor. Y, tan cierto como que Dios existe, don Amasa, no sé si solo la preocupación de propia seguridad me hubiera dado el valor suficiente para saltar a su ballenera; de no ocurrírseme de que si volvía del todo ignorante a su barco, usted, mi mejor amigo, y todos cuantos lo rodeaban, sorprendidos esa misma noche en las hamacas, nunca más volverían a despertar a la luz de este mundo. Piense que recorrió esta cubierta, tomó asiento en esta cámara y cada pulgada de terreno se hallaba minada bajo sus pies igual que un panal. Si hubiera arriesgado la menor sugerencia, si hubiera dado el menor paso para aclarar los hechos, la muerte, una muerte inmediata, la suya y la mía, hubiera rematado la escena.

—¡Es verdad, es verdad! —exclamó el capitán Delano, sobresaltándose—. Me salvó usted la vida, don Benito, más que yo la suya. Y, además, me la salvó sin yo saberlo y contra mi voluntad.

—No, amigo mío —le respondió el español, cortés hasta en lo religioso—; Dios preservó por milagro su vida, pero usted salvó la mía. ¡Cuando pienso en lo que usted hizo, en sus sonrisas, sus murmullos, sus gestos temerarios! Por menos que eso asesinaron a mi primer oficial Raneds, pero seguramente le guiaba a usted el Príncipe del Cielo a través de todas las emboscadas.

—Sí, todo es obra de la Providencia, lo sé, pero aquella mañana me hallaba de un humor particularmente placentero, y el

espectáculo de tantos sufrimientos, más aparentes que reales, agregó a mi natural complacencia la compasión y la caridad, entretejiéndolas felizmente a las tres. Si hubiera ocurrido de otro modo, no cabe duda, como usted sugiere, que algunas de mis intervenciones sobre los negros hubieran concluido en forma bien desgraciada. Además, los sentimientos de que. hablo me permitieron superar mi desconfianza momentánea en circunstancias de que una mayor penetración me habría costado la vida, sin poder salvar la de otra persona. Sólo al final me ganaron las sospechas, y ya sabe usted cuán lejos quedaron del blanco.

—Bien lejos, ciertamente —dijo don Benito, con tristeza. Pasó usted todo el día conmigo, hablándome, mirándome, andando a mi lado, sentado junto a mí comiendo y bebiendo con migo; y, no obstante, su último gesto fue juzgar como a un malvado no sólo a un inocente, sino al más digno de compasión de todos los hombres. Hasta ese punto pueden imponerse las estratagemas y las maquinaciones malignas; así pueden equivocarse los mejores individuos juzgando la conducta ajena, al desconocer las realidades profundas de su condición. Pero a usted se le obligó a juzgar así y fue oportunamente despertado de su error. ¡Quiera Dios que siempre suceda así para todos los hombres!

—Creo comprenderlo: usted generaliza, don Benito, y bien lúgubremente. Pero lo pasado, pasado está. ¿Por qué moralizar sobre esto? Olvídelo. Vea usted, este sol radiante lo ha olvidado todo, como el mar y el cielo azul, ellos han dado vuelta la página.

—Sí, pero porque no tienen memoria —respondió el otro, con desaliento—; porque no son humanos.

—Bien, ¿y ese soplo de los alisios que acaricia ahora sus mejillas, don Benito, no es para usted un alivio casi humano? Estos alisios son cordiales amigos, amigos constantes.

—Su impulso sólo logra empujarme hacia la tumba, señor

—fue la profética respuesta.

—¡Se ha salvado usted, don Benito —exclamó entonces el capitán Delano, .cada vez más apenado y sorprendido—; se ha

salvado usted! ¿Qué es, pues, lo que tal sombra ha echado sobre su ánimo?

—El negro.

Hubo un silencio durante el cual el hipocondríaco iba lenta e inconscientemente envolviéndose en su capa, como en un sudario.

Aquel día ya no conversaron más.

Peto si a veces la melancolía del español acababa convirtiéndose en mutismo cuando se abordaban temas como el anterior existían otros acerca de los cuales no hablaba nunca, como si estuvieran sepultados.

Omitamos lo peor y, para mayor claridad, citemos sólo algunos ejemplos: el atuendo, tan costoso y rebuscado que llevaba el día en que se desarrollaron los hechos referidos, no se lo había puesto de buen grado en cuanto a la espada de plata, símbolo aparente del poder despótico, no era en realidad sino un espectro de espada, la vaina artificialmente rígida estaba vacía.

En cuanto al negro cuyo cerebro, no su cuerpo, había planeado la rebelión y el complot, su quebradiza naturaleza había cedido en seguida, en la ballenera, a la superior fuerza muscular de su opresor. Al verse vencido no soltó palabra, no se le pudo forzar a hablar. Parecía decir: “Ya que no me es posible actuar, no diré nada.” Aherrojado en la bodega con los demás, fue conducido a Lima. Durante la travesía, don Benito no fue a verlo. Ni entonces ni más tarde quiso mirarlo a la cara. Delante del Tribunal, se negó a hacerlo. Instado por los jueces, sufrió un desmayo. La identidad legal de Babo sólo pudo establecerse por el testimonio de los marineros. Y. no obstante, como ya se ha visto, el español en ocasiones aludía al negro, aunque no quena ni podía mirarlo a la cara.

Unos meses después, arrastrado al cadalso de la cola de un mulo, tuvo el negro un silencioso fin. Su cuerpo fue reducido a cenizas, pero, durante numerosos días, la cabeza, aquella colmena de sutilezas, clavada de un poste en la plaza, desafió, indómita, la mirada de los blancos. Sus ojos parecían mirar; mas

allá de la plaza, hacia la iglesia de San Bartolomé, en cuya cripta reposaban entonces, como hoy, los huesos rescatados de Aranda y, más allá del puente del Rimac, en el monasterio del Monte Agonía, tres meses después de licenciarlo el Tribunal, Benito Cereno, llevado en un ataúd, siguió a su verdadero jefe.